BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL PLANETA-HOMBRE

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



El planeta hombre
Clark Carrados

La Conquista del Espacio/511

ISBN 84-02-02525-0
Depósito Legal: B. 8.501 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*
l.ª edición: mayo 1980

CAPÍTULO PRIMERO

La ceremonia de despedida fue breve y humillante. Matt Black fue situado ante la escotilla y despedido al exterior de la nave de un fenomenal puntapié, asestado por el propio capitán, un energúmeno de dos metros diez de estatura y ciento quince kilos de peso, apellidado Forgos.

La humillación consistió en que el puntapié fuera propinado con la pata de palo del capitán Forgos, un auténtico pirata del siglo XXIV, con su cabellera y barba rojizas y el parche negro en el ojo izquierdo. Las malas lenguas decían que a Forgos le gustaba mucho parecerse a los viejos piratas de siete siglos antes; por eso llevaba pata de palo en lugar de una prótesis biónica. La verdad era que si llevaba la prótesis, que sustituía perfectamente a la pierna perdida de un tajo, en una pelea con los nativos de Vyrissos II, pero no le. gustaba que fuese terminada en un pie y por ello quedaba rematada en un taco cilíndrico, de unos seis centímetros de diámetro por otro tanto de alto.

Aquel taco fue el que expulsó a Matt de la nave y lo lanzó a un par de metros de distancia. Forgos, en el colmo de la ira, agarró a

continuación la bolsa que constituía el exiguo equipaje del expulsado y se la arrojó a la cabeza, con la sana intención de alcanzarle en algún sitio doloroso. Black era un hombre ágil y esquivó el proyectil hábilmente.
-¡No quiero verte más por mi nave! -vociferó Forgos, completamente fuera de sí-. Antes que tenerte de nuevo en mi tripulación, preferiría perder la otra pierna. ¿Me has entendido?
Black hizo una mueca.
-Capitán, sea bueno y compadézcase de mi. Harrom está desierto, completamente deshabitado...
-¡Vete al infierno, bastardo!
La escotilla se cerró de golpe. Segundos después, la astronave iniciaba el despegue, para perderse de vista a los pocos minutos.
Matt se rascó la cabeza, perplejo y deprimido a un tiempo.
-¿Y qué hago yo aquí, completamente solo? -masculló.
Miró a su alrededor. El paisaje no parecía desagradable, aunque tampoco ofrecía vistas que pudieran entusiasmarle. Una enorme llanura, a lo lejos unas montañas, árboles de extrañas formas, el suelo grisáceo, amarillento en ocasiones y un ambiente cálido, aunque no sofocante. La atmósfera, lógicamente, era respirable.
Arriba, en el cielo, brillaba una estrella tipo Sol. En todo cuanto alcanzaba la vista, no se divisaba un ser viviente.
Inclinándose, agarró la bolsa y se la colgó del hombro. Tenía allí un pequeño repuesto de ropa, un impermeable, los útiles de aseo y un cuchillo de caza. Era todo su equipo y, salvo el cuchillo, afilado como una navaja de afeitar y con la punta de una espada, todo lo demás se encontraba en un estado más bien próximo a la ruina. El cuchillo era una herramienta imprescindible cuando uno embarcaba en cierta clase de astronaves, aunque bien era verdad que su estancia en la del capitán Forgos se había iniciado como polizón.
Empezó a caminar. Estaba solo en Harrom, un planeta completamente fuera de las rutas espaciales, y no tenía la menor esperanza de que nadie viniera en su auxilio. Ni siquiera disponía de una radio para emitir una llamada de socorro.
Tendría que pensar en establecerse allí de modo permanente. Podría encender fuego, construirse una cabaña, debería fabricarse un arco y flechas para cazar, claro; en alguna parte habría un río con peces que le sirvieran de alimento y, lógicamente, tampoco faltarían los vegetales comestibles.
Pero la perspectiva de una vida de Robinsón durante muchos años -¿y quién sabía sí durante el resto de su existencía?-, era algo que no le agradaba en absoluto.
Sintió un poco de sed y empezó a buscar una corriente de agua en que poder saciarla. De pronto, al pasar junto a una gran roca de forma

redondeada, cubierta en parte de una hierba de aspecto muy extraño, vio surgir un chorro de agua.
Era como un manantial que brotase a cosa de un metro del suelo. Black se acercó, inclinó el cuerpo y bebió directamente. El líquido era un tanto espeso, más que el agua, levemente salobre y con cierto regusto a sopa, muy poco perceptible, pero que se podía beber sin dificultades. Después de un par de buenos tragos, sintió que la sensación de sed había desaparecido por completo.
También percibió una ligera sensación de euforia, como la que sigue a renglón seguido de una buena comida, pero no reparó en ello en aquellos momentos.
Siguió caminando. A los pocos minutos, se adentró en un bosque, cuyos árboles tenían el tronco casí perfectamente cilíndrico, con un grueso de unos dos metros y una altura de catorce o quince. La copa se extendía en anchas y gruesas ramas, cubiertas de unas extrañas hojas de forma hexagonal. El suelo, apreció, estaba cubierto de una espesa capa de hierba, suave y sedosa. Inclinándose, pasó la mano por el césped.
-Un buen colchón para dormir -se dijo.
Atravesó el bosque en una media hora y se encontró de pronto en una extensa planicie. Frunció el ceño, aunque no tenía sed, le convenía encontrar un río o un arroyo, para establecer su campamento junto a la orilla.
En aquel lugar, surgían rocas en distintos puntos, de unos cuatro o cinco metros de altura, todas ellas de forma redondeada, como cúpulas de construcciones que estuviesen semienterradas en el suelo. De pronto, Black vio surgir sendos chorros de líquido de todas aquellas rocas.
Las fuentes brotaron todas al mismo tiempo y arrojaron agua durante diez segundos. Luego se secaron.
Black contempló perplejo el fenómeno. Debían ser manantiales de origen volcánico, que brotaban periódicamente, como sucedía con algunas fuente termales de la Tierra y también en los géyseres de Islandia y de Yellowstone. El líquido corrió por la superficie en regueros y, poco a poco, se evaporó hasta desaparecer por completo.
Black continuó andando. Un poco más allá, se encontró con un espeso grupo de plantas, semejantes por su forma a espinacas, aunque de tamaño doble por lo menos. Arrancó una, la olisqueó y luego mordió el tallo. Era sabroso y un tanto dulce.
-Espero que no tenga alguna sustancia venenosa -murmuró.
De todos modos, no tenía mucho apetito, por lo que tiró la planta a un lado. Un par de horas más tarde, empezó a sentirse cansado.
El sol se acercaba al horizonte. Black sabía que Harrom tenía un período de rotación sobre su eje muy semejante al de la Tierra.

Aunque había dos satélites, el lugar le resultaba completamente desconocido, por lo que decidió acampar.
A poco, otra roca, similar a las que ya había visto, despidió un chorro de líquido. Black bebió largamente, antes de que la fuente dejase de manar. Al terminar, eructó, sin poder contenerse.
-¡Caramba, cualquiera diría que me he dado un banquetazo! -exclamó.
Sentía el estómago agradecida mente repleto.
-¿Acaso este líquido es también nutritivo? -se preguntó. Dejó la bolsa en el suelo. El sol estaba ya hundiéndose en el horizonte. Pronto sería de noche.
Lo mejor era dormir. Sacó el cuchillo y sujetó la vaina a su cinturón. No sabía con qué clase de animales podía toparse. Luego se tendió en el suelo y movió un poco la espalda para acomodarse mejor. Apenas vio que el sol se había ocultado, cerró los ojos y, a los pocos momentos, dormía profundamente.

* * *

Desde el camarote en que había sido encerrada, Perla Studder percibía los ruidos, las voces y los gritos destemplados de los hombres que se hallaban en el gran comedor de la astronave.
Alguien, descuidadamente, había dejado abierto el sistema de comunicaciones y ella captaba con todo detalle las conversaciones de aquellos sujetos que, casí repentinamente, se habían convertido en unas fieras.
Perla se sentía aterrada. El capitán y su segundo habían sido asesinados tras un rápido y breve, pero también sangriento motín. Ahora era el tercer oficial quien ostentaba el mando, pero no con demasíada autoridad, ya que los demás tripulantes no parecían muy dispuestos a someterse a sus órdenes.
-Ella vale millones -gritó Andrus Thragoo, tercer oficial y jefe de los amotinados.
-El «krytter» es mucho más productivo -voceó un tripulante.
-Si te pescan con veinte gramos siquiera de ese maldito Producto, acabarás en la cárcel para tóda tu vida, Iván Sukov -advirtió Thragoo.
-Eso es más fácil que pescar truchas en el espacio -rió otro de los sublevados-. Por la chica nos darían millones, es cierto, pero por un peso análogo de «krytter», obtendríamos, cuando menos, el doble. Y con menos riesgo, te lo aseguro.
- Y yo digo -intervino otro de los tripulantes-, ¿por qué no sometemos el asunto a votación? Somos trece...
-Mal número -dijo alguien lúgubremente.
-No seas idiota, Sandy Smith -le apostrofó Thragoo-. Somos trece, efectivamente, y eso impedirá el empate en la votación. A ver, los

partidarios del rescate, que levanten las manos.
Perla escuchó con toda atención. A los pocos momentos, oyó blasfemar al tercer oficial.
-Está bien, cinco votos contra ocho. El «krytten" ha ganado -admitió Thragoo.
-Queda otro problema por resolver, «cappy» -dijo un tal Kurt Kosseguth.
-Dime, por favor.
-La chica. He estado escribiendo números en sendas papeletas. Las pondré en mi gorra, las revolveremos y luego sacaremos una cada uno. Como están numeradas del uno al trece, el que saque el número uno... será el primero en acostarse con ella.
- Vaya, eso es algo en lo que no había pensado –dijo uno. ríendo desaforadamente.
-La verdad .es que esa chica es un bombón –comentó otro.
-Oye, Kurt, ¿sabes que has tenido una buena idea?-exclamó un tercero.
-Vamos, que empiece el sorteo...
Perla creía soñar. Pero, ¿cómo se le había ocurrido al difunto capitán Newton contratar aquella tripulación de salvajes? Le parecía imposible que tales cosas pudieran ocurrir en pleno siglo XXIV. Y, sin embargo, sucedía... lo que venia a demostrar que la naturaleza humana no cambia a lo largo de las épocas.
De pronto, oyó una explosión de risas.
-¡Tenías que ser tú, Mike Neyden!
-Miren este conato de hombre, qué suerte tiene...
-Mota, cuidado, que va a ser tu primera mujer...
Perla parpadeó de asombro. La suerte había favorecido a Mike Neyden, apodado Mota de Polvo por sus compañeros, que habían acabado por abreviar el sobrenombre, dejándolo simplemente en Mota. Era un muchacho que no había cumplido aún los veinte años, bajito, esmirriado y con la cara llena de granos, un tipo tímido y acomplejado por su físico,que desempeñaba a bordo los trabajos que nadie quería.
¿Iba a dejarse atropellar por aquel insignificante sujeto?
-Está bien -gritó Neyden, para hacerse oír sobre el tumulto-, me ha tocado a mí y no pienso ceder mi suerte. ¿Quién me da una botella?
-Mota, lo que necesitas es otra cosa -rió un tripulante.
-Lo tengo -contestó el chico, con repentina desenvoltura-. Pero no se puede estar a gusto con una mujer si no se tiene una botella a mano.
-En eso tiene razón -convino Thragoo.
-Y nosotros también podemos tomamos unas cuantas copas -dijo alguien.
Neyden tuvo muy pronto su botella.

-Os contaré lo que ha pasado, mañana por la mañana-se despidió.
El chico se marchó. Thragoo llenó una copa y la contempló al trasluz.
-Si vamos a dedicamos al transporte de “krytter”, hemos de hacer algo inevitablemente -dijo.
-¿Qué, «cappy»? -preguntó Kosseguth.
-La mujer. Tiene que desaparecer.
Hubo un instante de silencio. Luego, Lou Caspar preguntó solamente:
-¿Cuando?
-Dejemos que se queden dormidos. A la madrugada...- Thragoo no completó su frase, pero todos lo entendieron perfectamente.
En el interior de su camarote, Perla esperaba la llegada de Neyden. Cuando la puerta se abrió, le miró fijamente.
Neyden entró, cerró con todo cuidado y se puso un dedo sobre los labios.
-No alce la voz, señorita Studder -dijo-. He venido a salvarla.

CAPÍTULO II

Un ligero resplandor penetró a través de los párpados de Black y le hizo volver a la consciencia. Estiró los brazos voluptuosamente y exclamó:
-¡Ah, qué bien he dormido!
Le parecía hallarse en un lecho mullido, perfectamente acomodado a su anatomía. Incluso tenía una blanda almohada, en la que descansaba su cabeza. Ciertamente, el suelo deHarrom no dejaba de tener sus virtudes.
Abrió los ojos. El sol estaba a punto de salir.
-Esto será el suelo, pero la verdad es que no había dormido nunca en una cama tan blanda -murmuró. -Muchas gracias.
-De nada.
Black frunció el ceño. ¿Con quién estaba hablando?
-Debo de estar aún dormido -dijo a media voz.
-Nada de eso; estás completamente despierto.
Black se puso en pie de un salto y. miró desconcertado a su alrededor.
-¿Quién es usted? ¿Dónde está? -gritó.
-Aquí, hombre.
El joven dio una vuelta completa sobre sí mismo.
-No te veo...
-¿De veras? Estoy en todas partes: en derredor tuyo, bajo tus pies, sobre tu cabeza…
--¿Eres un ser invisible?
-\Matt Black, por favor, no digas simplezas.
Black se pasó una mano por la cara.

-¿Por qué no te dejas ver? -solicitó.
-¡Pero si me está viendo!
-No te burles de mí. La situación no está, para bromas-refunfuñó Black. Quienquiera que fuese el desconocido,no estaba dispuesto a tolerarle que se divirtiese a su costa.
-Si, hombre, sí, me estás viendo... Soy Harrom.
-Ah, ya... ¡Harrom! ¿Te llamas como el planeta?
-Soy el planeta.
Hubo un largo espacio de silencio. Black trataba de digerir mentalmente aquellas tres palabras.
De pronto se dio cuenta de que, aunque oía y entendía perfectamente a aquel ser misterioso, no percibía los sonidos de una forma estrictamente normal, con vibraciones sonoras, en sus tímpanos. «Oía» aquella voz, pero en su cerebro.
Sus labios temblaron.
-Eres... el planeta -balbuceó.
-Si.
-Pero..., pero... eso es algo fantástico... Un ser inteligente, porque lo eres, del tamaño... de la Tierra....
-Matt, ¿sabes lo que diría un glóbulo rojo de tu sangre, si pudiera hablar? Por cada milímetro cúbico hay cuatro millones y medio aproximadamente. Ahora, calcula los milímetros cúbicos que hay en tus cinco litros de sangre...
-¿Quieres compararme con un glóbulo rojo?
-En cuanto a tamaño, eres, proporcionalmente, aún más diminuto.
-¡Pero los glóbulos rojos no son inteligentes!
-Esa es tu suerte, Matt.
Black volvió a cerrar los ojos.
-No sé si estoy despierto o soñando... Es imposible que un planeta pueda ser un ser vivo...
-¿Por qué no? ¿Sabes lo que diría un glóbulo rojo, si fuese inteligente? «Es imposible que este líquido en el que me muevo sea la sangre de un ser vivo.» No hay en la naturaleza límites para el tamaño de los seres vivos, Matt, aunque lógicamente, el tamaño condiciona la forma. Tú no podrías existir con tu forma actual y diez metros de altura; tu organismo no está creado para soportar una masa semejante. Pero si tuvieses diez metros de alto, tu forma sería muy distinta, aun siendo inteligente; esa forma estaría de acuerdo con el tamaño... como sucede con los paquidermos y las ballenas.
Black se dejó caer de rodillas en el suelo.
-Y todo tú... eres un ser inteligente... ¿Todo, todo?
- Todo. Un ser esférico, aproximadamente, que es la forma más adecuada para mi tamaño planetario, prácticamente igual al de la Tierra.

-Es... fantástico. Harrom, deja que me reponga de la sorpresa... Eh. ¿por qué dijiste antes que te llamas así?
-Porque sois vosotros quienes me disteis el nombre. A mí me da lo mismo uno que otro, pero ya que me llamáis así, vamos a seguir utilizándolo, ¿no te parece?
-Sí, sí, claro... Harrom, tienes atmósfera...
-Naturalmente. Necesito respirar, como cualquier otro ser viviente. Pero yo regenero los gases nocivos y los convierto en respirables. El proceso de las plantas, ¿sabes?
-Sí, aspiran el anhídrido carbónico y lo devuelven, convertido en oxígeno.
-Mi proceso es algo diferente, aunque, en sustancia, idéntico al de las plantas. Además, la atmósfera me protege de las radiaciones nocivas del sol y atempera los rayos calóricos.
-¿Y el alimento? ¿De dónde lo sacas?
Harrom «rió» silenciosamente.
-Oh, en el espacio nunca falta «comida». Hay meteoritos, cuerpos celestes que caen sobre mi superficie... Los digiero, simplemente, para aprovechar sus elementos nutritivos... Aparte de eso, en mi interior, hay un enorme núcleo de minerales que me sirven de alimento. Soy un planeta, es cierto, pero, al estar inmóvil, consumo muy poca energía. Para hacerte una comparación, si me moviera siquiera la centésima parte de lo que te mueves tú, si consumiera la centésima parte de la energía que tú consumes, necesitaría a diario una cantidad de alimento equivalente a la mitad de vuestra Luna.
-Esto es... demasíado fantástico…
-Absolutamente real, Matt.
-¡Y conoces mi nombre!
-Penetro en tu mente.
De pronto, Black tragó saliva.
Había viajado mucho por el espacio y conocido toda clase de seres, tanto inteligentes como privados de inteligencia, con las absurdas formas que se pudiera imaginar. La idea de que Harrom era un ser vivo de tamaño planetario empezaba a tomar cuerpo en su mente.
-¿Pue... puedo hacerte una pregunta?
--Si, claro, todas las que quieras, Matt.
-Esto... bueno, tú te alimentas... de lo que te cae del cielo y lo que tienes allá abajo... en tus tripas...
-Mi núcleo, Matt.
-Como quieras. Pero cuando uno se alimenta... produce deshechos inevitablemente... Deshechos orgánicos, claro.
-¡Por supuesto! ¿Qué te crees que era el líquido que bebiste ayer en un par de ocasíones?
Black se tapó la boca con la mano.

Sentia náuseas.
- Yo elimino mis deshechos en forma líquida, que luego se evapora y forma parte de la atmósfera -continuó Harrom-. Más tarde, se forman nubes y llueve. Esa sí que es agua pura, pero puedes creerme que mis deshechos orgánicos son muy distintos de los tuyos y, naturalmente, muy nutritivos para ti, además de calmarte la sed.
Black empezó a pensar que tendría que resignarse a alimentarse de lo que a Harrom le “sobraba".
-Aunque, bien mirado, vivir siempre de un líquido... –se quejó.
-Ayer probaste un sólido -le recordó Harrom.
-Sí, parecían espinacas... ¿Qué eran?
-Oh, simples vellosidades. En tu cuerpo también hay bacterias invisibles, que se alimentan de tus deshechos orgánicos. Y no se quejan, puedo asegurarte..
-Vi unos árboles...
-No todas mis vellosidades son iguales. El pelo de tu cabeza es distinto del de tu pecho, aunque tengan el mismo origen y parezcan idénticos. Además, si una bacteria fuese inteligente y pudiera verse en tu epidermis, como tú te ves ahora en la mía, encontraría un paisaje tan fantástico como el que tienes a tu alrededor.
Black bajó la mano y tocó el suelo. De pronto, agarró unpuñado de «tierra» y tiró hacia arriba.
La tierra salió sin dificultad. Harrom se echó a reír.
-Me has arrancado una cuatrillonésima parte de mi cuerpo -dijo-. Algo así como una microscópica escama de tu piel. No te preocupes por estos detalles; si te apetece y encuentras un lugar agradable, puedes cavar para construirte una cueva que te sirva de habitáculo. Y si puedes cortar un árbol, para encender fuego, hazlo sin el menor temor.
-¿No... no te quemaría? -dudó Black.
-No me quemarías más de lo que a ti te quemaría una bacteria muerta y desecada, encendida en tu piel. ¿Lo sentirías?
-No, claro.
Black continuaba sentado sobre sus talones, con las manos en las rodillas. Empezaba a convencerse de que. era realidad, de que «vivía» sobre un ser de dimensiones planetarias, de forma esférica, pero tan inteligente como él. De pronto, se le ocurrió una idea:
-Harrom, debes de ser muy viejo, ¿no?
-Cientos de millones de, años -contestó el planeta.

* * *

Mike Neyden se acercó a la puerta, la abrió un poco y escuchó atentamente durante unos segundos. Luego se volvió
hacia la joven.

-Están todos durmiendo la borrachera -dijo.
Perla asíntió.
-Mike, si salimos de ésta, cuenta con la gratitud eterna de los Studder -murmuró-,-. Pero, ¿por qué has querido ayudarme?
El chico la miró fijamente.
-Usted fue la única que se portó amablemente conmigo y que no se burló de mi aspecto físico ni de mis limitaciones intelectuales. No pude evitar el motín; me habrían aplastado como a una cucaracha, pero, al menos, puedo hacer algo por usted.
-Gracias, Mike. Ellos se van a dedicar al contrabando de «krytter».
-¡Ojalá les pille una patrulla del espacio y los metan en la cárcel para el resto de sus días! -dijo el chico rabiosamente-. Bien, ¿recuerda mis instrucciones, señorita?
-Sí -contestó ella.
-Vamos a pasar muy cerca de Harrom. Pondré en automático el control del bote salvavidas, así podrá aterrizar sindificultades.
-¿Y si te pillan?
-No, porque todos están dormidos. Yo diré que me emborraché y que usted aprovechó para escaparse.
-Mike, ven conmigo...
-Tengo que quedarme. En la primera ocasión que me sea posible, enviaré un mensaje, para que acudan a rescatarla.
-Está bien, cuando quieras.
La nave estaba en completo silencio. A través de una de las lucernas, se podía divisar la redonda silueta de Harrom, brillante como una moneda de oro en la noche espacial, a menos de cincuenta mil kilómetros de distancia.
Con las manos juntas, corrieron hacia la esclusa donde se hallaba uno de los botes espaciales. Míke empezó a manejar los controles para abrir la compuerta.
-En el bote hay provisiones suficientes para una buena temporada y también armas y ropas -dijo el chico-. La radio es de alcance planetario solamente, pero no la use en unos cuantos días. Cuando lleguemos a Byrdol, yo trataré de avisar a la policía discretamente.
Perla asíntió. La esclusa comenzó a girar a un lado silenciosamente.
Al cabo de unos segundos, Perla se sentó en el asíento del piloto. Durante los viajes espaciales, era obligatorio realizar prácticas de salvamento, por lo que, en caso necesario, podría tripular el bote sin demasíadas dificultades.
La compuerta empezó a cerrarse. Mike sonrió desde el otro lado. A través de la cúpula transparente, Perla le hizo un gesto amistoso. El chico contestó de la misma forma.
De súbito, un hombre apareció detrás de Mike.
-Sabía que ibas a hacer algo por el estilo -dijo Kosseguth

rabiosamente.
Perla lanzó un grito de terror. Mike empezaba a volverse, cuando el puño de Kosseguth lo alcanzó en la sien, derribándolo instantáneamente al suelo.
Frenético, Kosseguth intentó manejar la esclusa en sentido contrario, pero no podía hacerlo hasta que se hubiese cerrado por completo. Apenas sucedió, el bote salió disparado al espacio.
Hirviendo de ira, asestó un terrible puntapié al caído. En el mismo instante, apareció Thragoo.
-La chica se ha escapado, ¿eh? -dijo.
Kosseguth se revolvió.
-Este maldito traidor...
-Déjalo, no te preocupes -sonrió Thragoo-. Me imaginaba que iba a suceder algo por el estilo y lo preparé todo para actuar en consecuencia.
-¿Qué quieres decir, Andrus?
-Hay cuatro botes y todos tienen cargas explosivas, que se pueden activar a distancia. Naturalmente, ahora desconectaremos las de los botes que siguen en la nave. Después... enviaremos una señal de radio... y ¡puf!, la chica se habrá convertido en humo.
Kosseguth se echó a reír.
-Piensas en todo, Andrus -dijo complacidamente-. Bien, ¿qué hacemos con este idiota?
Mike, en el suelo, aunque sin poder moverse, oía perfectamente el diálogo entre los dos amotinados. Le matarían, sin duda, y resignado, esperó el desenlace.
-¡Bah, es inofensivo! -contestó Thragoo despectivamente-. Llévalo a su camarote; ya lo desembarcaremos en Byrdol.
-Pero puede hablar...
-Le daremos una dosis de "krytter". Con su complexión, se idiotizará en menos de veinte minutos y ya nadie le creerá.- Thragoo frunció el ceño-. Eso es peor que la misma muerte, Kurt.
Kosseguth se echó a reír.
-La- verdad, no le envidio en absoluto -contestó.

CAPÍTULO III

Un chorro de líquido brotó repentinamente de una «roca» cercana. Black cerró los ojos y bebió.
-Bueno, ya no tengo sed y mi estómago se ha llenado confortablemente -dijo después-. Pero un ser humano como yo necesita alimento sólido. Lo pide la propia naturale-za, Harrom.
-Ya encontrarás alimentos sólidos, descuida –respondió el planeta.
-No me cabe la menor duda. Todo lo que hay en tu superficie...

perdón, tu epidermis, ¿es comestible?
-Si veo que coges algo pernicioso, te avisaré.
-Gracias. -Black se echó a reir-. Es la primera vez que tengo un amigo planeta. A veces se dice «planeta amigo», pero es en sentido puramente metafórico. Nunca se había dicho en sentido absolutamente literal.
-Soy tu amigo, en efecto -dijo Harrom.
-Un amigo del tamaño de la Tierra... Si, un día puedo contarlo, no me van a creer. Pero otros han aterrizado aquí y nunca lo divulgaron...
-Oh, quizá estaría durmiendo.
-Si, claro. ¿Cuánto rato duermes, Harrom?
-Depende. A veces, miles de años.
Black respingó.
-Menudo sueñecito -comentó.
-Pero puedo despertarme siempre que lo desee.
- Ya. Una cosa, Harrom.
-Dime, Matt.
-Si ahora estuviera yo, por ejemplo, en los antípodas, ¿podría hablar contigo?
-Puedes hablar conmigo en cualquier punto de mi superficie.
-Gracias. Hay una cosa que quiero decirte, Harrom. No me gustaría quedarme fijo en un sitio, al menos, hasta que haya encontrado un lugar donde establecer un campamento. Pero, aun así, tendré que moverme para buscar caza, pesca, leña…
-Sigue hacia el Sudoeste. Es uno de los lugares más convenientes para ti.
-Gracias.
Confortado con la bebida, que también era alimento,Black echó a andar.
Al cabo de un rato, dijo:
-Harrom, tú «naciste» hace cientos de millones de años. Pero eres un ser vivo. Sin duda, tuviste «papá» y «mamá», aunque ya me imagino que no en el sentido que damos nosotros a este suceso. ¿Me equivoco?
-Bien, si he de serte franco, mi origen se debe a...
De pronto, Black dejó de escuchar a Harrom. Algo había llamado su atención y el instinto le dijo que debía enfrentarse con un grave peligro.
Delante de él, una roca se movió repentinamente. Largos tallos brotaron de su superficie y se agitaron amenazadoramente en el aire. Al cabo de unos segundos, aquel ser empezó a moverse en dirección al joven.
Black intentó desviarse, pero entonces vio que el animal desconocido, cuyas intenciones, sin embargo, se presuponían hostiles, era muy

rápido.

* * *

La superficie del planeta se acercaba. Perla miró hacia abajo. El aparato empezaba ya a reducir su velocidad.
Estaba a unos seis mil metros del suelo. Le pareció un mundo árido, inhóspito. Se preguntó si habría animales salvajes.
De repente, percibió un vivo centelleo en el cuadro de mandos.
Instintivamente, dio el contacto. Una voz de tonos alarmantes penetró en la cabina:
-¡Salte, señorita Studder! ¡Salte inmediatamente!
-¡Mike! –exclamó ella, vivamente sorprendida-. ¿Estás
bien?
Perla recordó el ataque de Kosseguth. Había llegado a creer que Mike estaba muerto y su asombro era enorme al percatarse de que le estaba hablando por la radio.
-¡No haga preguntas! ¡Salte inmediatamente! ¡Tire de la
palanca roja que hay a su derecha! ¡Ahora mismo!
Perla obedeció instintivamente. En un segundo, ocurrieron varias cosas.
El altavoz emitió un rugido de cólera.
-¡Bastardo traidor! -gritó Kosseguth-. ¿No tenías bastante con lo que te di antes?
La respuesta del chico fue un alarido de dolor. Pero en el mismo instante, Perla oyó un fuerte chasquido.
La cubierta del bote saltó por los aires. Al mismo tiempo se sintió proyectada hacia arriba con indescriptible violencia.
Volteó en el espacio, sujeta al asíento por los arneses de seguridad. Un poco después, se desprendió la mayor parte de la estructura del asíento.
Empezó a caer, dando vueltas sin cesar. En sus ojos, se confundían las imágenes del cielo y de la tierra.
De pronto, oyó un fuerte aleteo. El paracaídas empezaba a desplegarse. Luego sintió un súbito frenazo y, aliviada, se dio cuenta de que caía muy despacio.
Por encima de su cabeza, repentinamente, brilló un fogonazo. A los pocos segundos, oyó el estruendo de la explosión.
El bote se desintegró literalmente. Trozos de su estructura empezaron a caer por todas partes. Por fortuna, el asíento eyectable la había alejado bastante del aparato, aparte de que éste, por propio impulso, había continuado el vuelo. Miró hacia abajo, suspendida de las cuerdas. Sintióse llena de congoja. Iba a caer en un mundo desolado, deshabitado, acaso poblado por bestias feroces... estaba sin armas, sin provisiones...

Mike, pensó afligidamente, no se había podido salvar esta vez. Ella le seguiría muy pronto, pensó, mientras veía acercarse el suelo.

* * *

Black sintió pánico al ver que se le acercaba aquella bestia.
-Harrom, ¿qué diablos es esta cosa? -preguntó.
-Podríamos definirlo como una bacteria de las que pululan por mi superficie. Para mi, sin embargo, es inofensiva-contestó el planeta.
-Diríase que quiere engullirme, tú.
-Sí, claro.
-¿No puedes ayudarme?
-Lo siento. En cierto modo, debo dejar que la vida siga, si es que me entiendes.
Black asíntió, sin perder de vista al monstruo, que tenía varios metros de altura y cuyos tentáculos alcanzaban una longitud semejante.
-Harrom, si este bicho me atrapa, ¿qué sucederá?-preguntó.
-¿Qué hace un fagocito en tu organismo, cuando atrapa una bacteria nociva?
Black sintió un escalofrío. El monstruo lo haría pasar al interior de su cuerpo, en donde seria digerido... No era una perspectiva muy agradable, se dijo.
Había sacado el cuchillo y sabía que podía cortar algunos tentáculos, en realidad, seudópodos, pero no era el remedio absoluto para derrotar a su atacante. Este podía carecer de inteligencia, pero lo suplía con el instinto.
Retrocedió unos pasos. De pronto, vio un bulto semejante a un pedrusco, del tamaño de su cabeza. Sin duda era una excrecencia de la epidermis de Harrom.
Agarró el pedrusco y lo lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas. El proyectil penetró en el cuerpo del monstruo, que detuvo su marcha en el acto.
-Está tratando de identificar el cuerpo que ha ingerido-dijo Harrom.
Black dudó un instante. De súbito, divisó algo parecido a unos matojos. Las vellosidades de Harrom, se dijo, eran de muy variadas formas.
Aquellos matojos tenían todo el aspecto de los arbustos secos de la Tierra. Agarró unos cuantos, los amontonó y sacó su encendedor eterno, prendiendo fuego a las ramas más delgadas.
Los matojos se encendieron casí en el acto. El monstruo expulsó de golpe aquel pedrusco. No era digerible, pensó Black.
Entonces, agachándose, cogió los arbustos por la parte de las raíces y los lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas. Ocurrió algo sorprendente.
Los tentáculos del monstruo atraparon aquel montón de vegetales que

ardían y los llevaron hacia su cuerpo. De súbito, todo el cuerpo del animal empezó a ponerse incandescente.
Nubes de humo grisáceo y apestoso subieron a lo alto. Black huyó de aquel lugar, asqueado. Le pareció oír un distante estampido, pero estaba absorto en la contemplación de lo que sucedía en sus inmediaciones y no prestó. atención al ruido.
Minutos más tarde, el animal era sólo un montón de pasta ennegrecida. Black se secó el sudor con el antebrazo.
-Una solución muy inteligente -comentó Harrom.
-¿Te he hecho daño? -preguntó el joven.
--No, en absoluto. Celebro que te hayas librado de esa «bacteria».
-Gracias.
-Me hubiera disgustado ver morir a un congénere.
-Eh, yo soy un hombre...
-¿Qué soy yo, Matt? ¿Sólo porque no tenga tu figura no me vas a considerar como un hombre?
Black se quedó deesconcertado. Antes de que pudiera decir algo, vio una cosa que caía del cielo.
Pasmado de asombro, divisó el paracaídas del que pendía una persona y que iba a aterrizar a pocos pasos del lugar en que se hallaba.

* * *

Perla puso los pies en el suelo, rodó sobre sí misma y trató de ponerse en pie, mientras los pliegues del paracaídas salvador caían fláccidamente sobre ella. Cuando estaba ya arrodillada, vio a un hombre que se le acercaba a la carrera.
Black sintió que su asombro seguía de punto al ver que se trataba de una mujer. Debía de tener unos veinticuatro años, era de buena estatura y hermosa mente conformada. El pelo, leonado, caía en una corta melena sobre su nuca.
-¿Estás bien? -preguntó-. ¿Te has hecho daño?
Todavía arrodillada, sorprendida, pero satisfecha de haberse salvado, Perla le miró sonriente.
-Sí, estoy bien -contestó. Le tendió una mano y Black la ayudó a ponerse en pie primero y luego a soltarse las correas del paracaídas-. Me llamo Perla Studder -añadió.
-Matt Black... -dijo él. Repentinamente, exclamó-: ¡Studder! ¿De Studder's Interstars?
-Sí, la hija de Emil Studder. -Perla sonrió forzosamente-. No pude evitarlo.
-No he querido ofenderte -manifestó él en tono de disculpa-. Sólo que me extraña verte por aquí.
-La tripulación de mi yate se amotinó y mataron al capitán y al

segundo -explicó Perla sucintamente-. Luego echaron a suertes para ver a quién le tocaba acostarse conmigo.
- Y te escapaste.
-Ayudada por el afortunado a quien le correspondió el número que le permitiría pasar la noche conmigo. Resultó ser un chico excelente, quien me puso dentro de un bote salvavidas.
Perla hizo un rápido relato de los sucesos que la habían llevado hasta Harron. Cuando terminó, Black hizo un gesto con la cabeza.
-La situación no es envidiable precisamente, pero tampoco desesperada, ni mucho menos -contestó-. Aunque yo no tuve que escaparme de una nave, lo cierto es que me expulsaron sin miramientos y me dejaron abandonado aquí.
-Entonces, somos dos náufragos del espacio, Matt.
-Sí, algo por el estilo, pero, como digo, la situación es mejor de lo que podríamos esperar.
-El bote explotó. Había un transmisor de radio, provisiones...
-En todo caso, hay que lamentar la pérdida del transmisor. Provisiones no faltan aquí, Perla.
-¿Has encontrado comida?
Black se rascó la cabeza.
-Pues... ¿Se lo puedo decir, Harrom? -consultó.
Ella se sintió extrañada de la insólita actitud del joven.
-Eh Matt, ¿con quién estás hablando?
-Con Harrom, naturalmente.
-¡Pero Harrom es un planeta! ¿Cómo puedes hablar con un planeta? -exclamó Perla, terriblemente desconcertada.
-Bueno, quizá te cueste un poco de creer... A mi también me costó, no te vayas a pensar. Precisamente, Harrom empezaba a enfadarse porque di a entender que no era un hombre…
-Oh, no -murmuró la joven-. He ido a dar con un loco.
-No está loco -habló Harrom-. Todo lo que te ha dicho es verdad.
Perla abrió la boca, estupefacta.
Harrom continuó:
-Hombre, o ser humano, como prefieras, es todo aquel ser dotado de inteligencia y capaz de actuar con raciocinio. La figura no importa; es el alma lo que distingue a los seres racionales de los irracionales.
Ella sintió que las piernas le temblaban.
-Entonces... es cierto... -tartamudeó.
Black asíntió.
-Si, Harrom es un hombre.
Perla tuvo que sentarse en el «suelo». No podía mantenerse en pie.

CAPÍTULO IV

Darrel Sycalb destapó el bote, cogió una pulgarada del polvo amarillento que había en su interior y la puso en la palma de la mano de su interlocutor.
-Prueba, Barbarroja -indicó.
Hamm Forgos apoyó la punta de la lengua en el polvo y la paseó luego por el interior de su boca. A los pocos momentos, hizo un gesto de asentimiento.
-«Krytter» auténtico -dijo.
Sycalb tapó el bote nuevamente.
-Esto es todo lo que me queda -manifestó-. Tráeme material para elaborar una tonelada y te la pagaré a precio de oro. Así, como suena: un gramo de oro, por un gramo de«krytter».
-¿A cómo está el oro en estos momentos?
-A sesenta los veinticinco gramos. Recuerda que ya se abandonó el viejo patrón de la onza «troy».
-Si, lo sé. Es decir, doscientos cuarenta por cien gramos...
-Dos mil cuatrocientos por un kilo y, por tanto, dos millones cuatrocientos mil por una tonelada. Recuerda, debes traer el material suficiente para conseguir una tonelada de extracto.
-¿Y si pasa, después del refinado?
-Te pagaré también el exceso de peso.
El único ojo de Forgos chispeó. Sin embargo, decidió no mostrar un excesivo interés por el negocio.
Para conseguir una tonelada de “krytter” se necesitan mil de materia prima -alegó-. Es demasiado volumen para mi nave.
-Bueno, puedes llevarte un pre-desecador. Así reduces la materia prima a la mitad de su volumen. Pero no te pases de esa cifra, porque se nota después en el producto acabado. El refinado debe hacerse en un lugar y con los aparatos adecuados. Claro que también puedes reducir sólo el cuarenta por ciento. Eso sí cabe perfectamente en las bodegas de tu nave.
-Me proporcionarás el pre-desecador, Darrell.
-Descontándote el importe del precio total -dijo Sycalb.
-Hombre, puedo alquilártelo...
-No tengo nada en alquiler. Sólo vendo, pero puedes aprovechar el aparato para operaciones sucesivas.
-Es muy grande. Tendré que desarmarlo...
-No seas estúpido. Puedes llevarlo perfectamente a “lomos” de tu nave, convenientemente sujeto. Cuando hayas conseguido la cantidad que necesito, lo dejas en el lugar de extracción de la materia prima y luego puedes volver en otra ocasión.
-Muy bien, de acuerdo. Anda, saca una copa, tío roñoso.
Sycalb se echó a reír. Fue a un armario y volvió con una botella y dos vasos.

-Otra cosa -dijo Forgos-. Tienes que recomendarme a un buen químico, Darrell.
Sycalb le miró sorprendido, con la botella todavía en una mano y el tapón en la otra.
-Tenías uno -exclamó-. Un tal Dufferton...
-Se mató, de una borrachera con agua y «krytter» -contestó el tuerto malhumoradamente.
-Lo siento, pero tendrás que apañártelas como puedas. Yo tengo mi propio químico y, como comprenderás, no voy a cedértelo.
-Indícame un nombre...
-Ni lo sueñes. Aquí, en Byrdol, los pocos químicos que hay, están tan vigilados como si cada uno de ellos fuese e tesoro nacional.
-Se puede sobornar...
-Eres tonto, Barbarroja -dijo Sycalb tranquilamente-. Los hombres de la Patrulla Estelar son absolutamente insobornables. No es que ya lo sean por naturaleza, sino que además y voluntariamente, se someten a un acondicionamiento mental, para evitar posibles flaquezas. Arréglatelas como puedas; a fin de cuentas, pre-desecar la materia prima hasta el cuarenta o el cincuenta por ciento, mejor el cuarenta, no es cosa tan difícil.
-Bien, yo traigo la materia prima, pero, ¿no hay peligro de que lo descubran? -preguntó Forgos aprensivamente.
Sycalb se echó a reír.
-Tengo los mejores muebles de madera que se fabrican en quinientos años luz a la redonda -contestó-, Nadie sabe que, antes de ser convertida en artísticas mesas, sillas, camas y demás, esa materia prima ha sido tratada convenientemente para extraerle el alcaloide.
-Eres un tipo astuto -rió el tuerto. De pronto, lanzó una interjección-. Y pensar que tenía un químico a bordo y que yo mismo lo eché a patadas de la nave...
-¿Cómo? -respingó Sycalb.
-Era un polizón -dijo Forgos malhumoradamente-. Me apiadé de él y lo convertí en cocinero, pero quemaba continuamente los guisos; echaba azúcar al asado y sal al café... Matt Black es el sujeto más inútil que he visto en los días de mi vida.
Sycalb se puso rígido.
-¿Qué nombre has dicho, Barbarroja?
-Black... ¿Acaso lo conoces?
-Imbécil... Matt Black es uno de los mejores agentes de la Patrulla Estelar. Si consiguió averiguar algo....
Forgos lanzó una espantosa interjección.
-No lo creo -respondió-:. Pero, de todas formas, tengo una idea. Ahora comprendo -añadió-, su incapacidad para la cocina. Todo fue una comedia, una burla... Pero los miembros de la PE saben de todo y, por

tanto, Black conocerá el procedimiento de la pre-desecación del «krytter», ¿no crees?
-Sí, seguro.
-Entonces, no te preocupes. Sé dónde está y, precisamente, no lejos de uno de los mejores bosques de tu preciosa madera.
Sycalb se acarició el mentón.
-Podrías ir allí, simular que te arrepientes de tu impulsividad... y obligarle a que te ayudase. Luego le pagas con una bala...
Forgos se puso en pie.
-Le pagaré con un par de megavatios -afirmó-. De este modo, no quedará el menor rastro de Matt Black, puedes tenerlo por seguro.
* * *
Perla empezó a recobrarse de la enorme sorpresa recibida.
-Así que este planeta es un hombre...
-Si lo niegas, se enfadará y es un poco más grande que nosotros -sonrió Black-. ¿Puedes ponerte ya en pie?
--Sí. -Ella alargó la mano y el joven la ayudó a incorporarse-. Cuando lo cuente, nadie me lo creerá.
- Y, ¿cuándo podrás contarlo?
Perla se quedó parada. De repente, acababa de recordar su situación.
-Sólo tengo lo puesto...
- Y yo un par de mudas, los útiles de afeitar y poco más. Pero comida no falta y el clima es muy benigno.
-¿Agua?
- Toda la que quieras.
-Entonces, no podemos quejamos... Matt, yo soy una inútil. Nunca he hecho nada de provecho y me temo que no ayudaré mucho, pero estoy dispuesta a hacer lo que me ordenes.
-De momento, no hay gran cosa que hacer-contestó él-. ¿Cómo andas de apetito?
-Empiezo a sentir un poco...
Black meditó unos instantes. Si le decía ahora la verdad a
la muchacha, podría producirle un trauma de graves consecuencias. Pero, por otra parte, estimaba que no debía ocultarle la verdad. «Puede que sea una niña rica, pero parece enérgica y ha soportado su situación con bastante serenidad» pensó.
-Será mejor que caminemos un poco. Harrom, vamos a dar un paseo.
-Está bien -contestó el planeta.
Perla oyó la respuesta y meneó la cabeza.
-No acabo de creerlo -dijo-. Tengo la sensación de ser una pulga sobre el cuerpo de una persona...
-Aquí, una pulga tendría varios miles de metros de altura -contestó él.
-Entonces, somos menos que ese bichito.
-Bastante menos.

De pronto, surgió un chorro de líquido en un abultamiento de la superficie.
-¿Es buena? -consultó ella.
-Calma la sed y el hambre -respondió Black.
Perla hizo hueco con las manos y bebió varias veces
-No es agua pura, pero...
-No es agua. En realidad, es un líquido que contiene deshechos orgánicos de Harrom.
Hubo un momento de silencio. Perla tenía los ojos hipnóticamente fijos en el rostro del joven.
-No hablarás en serio, Matt -dijo.
Black hizo un gesto afirmativo.
- Yo diría que ese chorro de líquido, que a nosotros nos parece procedente de un manantial, es algo así como una gotita microscópica de sudor en nuestra frente -dijo.
-Exacto -corroboró el planeta-. Una comparación sumamente acertada.
Perla puso cara de aflicción.
-Pero entonces... ¿qué hay aquí para comer y beber? -gimió.
-Ayer encontré algo parecido a unas espinacas -contestó Black-. En realidad, son vellosidades epidérmicas, pero resultan muy agradables dé sabor.
-Vellosidades... como pelos en nuestro cuerpo...
-Infinitamente más pequeños. En nuestra propia epídermis, aumentada quince o veinte mil veces al microscopio, encontrarías vellosidades más o menos parecidas, y también hondonadas y montañas y trozos de arena, que no son sino restos de células muertas... Aparte de que, pese a la íntelígencia de Harrom, su constitución orgánica es algo diferente a la nuestra, sin contar con su forma esférica.
-Hablas muy bien, Matt -díjo Harrom-. Todo lo que de dices es cierto.
-Según eso, sí agarro un trozo de suelo y me lo como, me alimentará -exclamó la muchacha.
-No todo lo que compone mi organismo es alimenticio -respondió el planeta-. Cuando encontréis terreno suelto, fácil de disgregar, habréis hallado fragmentos de materia orgánica de mi cuerpo que ha cumplido ya su ciclo vital. Esos deshechos no son asimilables por vuestro organismo.
-Lo tendremos en cuenta, gracias -dijo Black.
-Podéis comer las vellosidades con forma de vegetales, más o menos terrestres, beber mis líquidos orgánicos que afluyen a la superficie... y hasta encontraréis animales comestibles. No moriréis de hambre -aseguró Harrom.
-Lo cual no deja de ser bastante consolador -murmuró Perla-, Pero,

¿podremos algún día salir de aquí?
-No puedo contestarte -dijo el joven-. Lo mejor será que lo tomemos con resignación. Quizá encontremos algún sitio donde establecer un campamento fijo. Podemos hablar con Harrom, dondequiera que estemos. Eso vale mucho.
-Sí, desde luego -convino la muchacha.

* * *

-Está bien -dijo Kosseguth-. Vamos a conseguir «krytter». Pero, ¿dónde? ¿Cómo?
Andrus Thragoo levantó las palmas de las manos.
-Calma -rogó plácidamente--. El motín no ha sido tan espontáneo como os ha parecido. Cierto que el carácter del agradablemente difunto capitán Braddenton ayudó considerablemente al asunto, pero la verdad es que lo tenía planeado desde hacía mucho tiempo.
-Entonces, por eso aceptaste en seguida no pedir un rescate por la chica -dijo uno de los tripulantes.
-Mi plan es el mejor-contestó Thragoo maliciosamente-. Si hubiéramos hecho saber que teníamos prisionera a Perla Studder, se nos habrían echado encima todas las patrullas de policía. Ni siquiera en Andrómeda, y nadie ha llegado todavía allí, a más de dos millones de años luz, habríamos podido escondernos, con o sin ella. En cambio, el “krytter” es mucho mejor.
-¡Pero no tenemos los elementos necesarios! -alegó Kit Dennis.
-No, no los tenemos. Este es un yate espacial, dedicado única y exclusivamente al transporte de las personas. En cambio, yo sí conozco a la persona que puede proporcionamos el “krytter”.
-¿Quién es, Andrus? -preguntó Kosseguth.
.-Hamm Forgos, el capitán y propietario de la Ursa Minor.
-¡Forgos!
-Barbarroja.
-Ese pirata...
- El mismo -confirmó Thragoo sin perder la firmeza.
-¿Eres amigo suyo? -preguntó alguien.
-No.
-Forgos no acostumbra a compartir...
-Lo sé, lo sé, muchachos -dijo Thragoo-. Pero dejad que os explique mi plan, aunque sea a grandes rasgos. Hace ya mucho tiempo que lo vengo planeando. Por supuesto, en esta nave no disponemos .del material necesario, aunque si lo tiene Barbarroja. Pero lo que Barbarroja ignora es que uno de sus tripulantes es amigo mío, enrolado en la Ursa Minor por indicación mía y que sólo espera una señal convenida para actuar. Cuando reciba esa señal, me informará... y entonces será el momento adecuado para conseguir el

«krytter» que Forgos haya podido recolectar. Sencillo, ¿verdad?
Sonaron varias exclamaciones de admiración. Pero alguien objetó que el plan no estaba lo suficientemente claro.
-Más tarde os daré detalles complementarios -contestó Thragoo-. De momento, voy a enviar la señal a mi amigo.Cuando recibamos su respuesta, será el momento de pasar a la acción.
-Está bien -dijo Kosseguth-. Pero, ¿qué hacemos conMota? Todavía sigue encerrado en su camarote...
-Que siga donde está, por ahora -decretó el capitán de los amotinados, satisfecho de haber llevado a su gente donde había querido realmente.

CAPÍTULO V

Perla despertó a la mañana siguiente, después de una noche apacible, y notó su cuerpo cálidamente acomodado en el suelo. Abrió los ojos; el sol estaba a punto de salir y anunciaba una explosión de colores.
Pero encima de ellos había unas nubes gruesas, ventrudas, oscuras. Presintió la lluvia.
Black despertó en aquel instante.
-Apostaría algo a que el viejo Harrom mueve su piel, para que podamos acomodar los cuerpos -dijo.
-¿Lo crees así? -preguntó ella,
-Tuve esa sensación la primera noche, pero no sabía entonces que estaba en la superficie de un planeta-hombre. Ahora creo que Harrom lo hace para que nos sintamos más confortables.
-No está mal -sonrió Perla.
De pronto, recibió una gota en la cara.
-Va a llover -anunció.
Black abrió su bolsa y sacó el impermeable, con el que se cubrieron ambos, mientras corrían hacia un grupo de árboles situados a unos doscientos metros de distancia y de una forma que el joven había visto ya a su llegada. Las copas de los árboles eran lo suficientemente densas para retener prácticamente toda el agua de la lluvia.
Fue un chubasco muy intenso. La lluvia impedía la visión a pocos metros de distancia, aunque, por fortuna, se pasó al cabo de media hora y volvió a lucir el sol. Entonces, Perla vio algo que la hizo palmotear alborozadamente.
-¡Mira, Matt! Se ha formado un pequeño charco...
-Más bien es un estanque -puntualizó él.
-Ideal para tomar un baño. Lo estoy necesitando –dijo Perla.
-Te aguardó aquí -indicó Black.
Nubes de vapor se elevaban del suelo, una vez alejada la tormenta. El

joven empezó a buscar plantas alimenticias, que les sirvieran de desayuno. De repente, vio algo que se movía a poca distancia.
Era una especie de cinta, muy gruesa, de unos tres metros de largo, por veinte o veinticinco centímetros de grueso y cincuenta de anchura. No se veían ojos ni patas en el animal, de un ligero color aceitunado, sin estrías ni dibujos en su epidermis.
Era un ser vivo, pensó Black. "¿Resultará comestible?"
Una especie de náusea subió a su boca. Pero luego se dijo que no podía hacer remilgos.
El animal reptaba mecánicamente, guiándose por el instinto. Black sacó el cuchillo y se apartó del camino que seguía aquel ser. Lenta y cautelosamente, lo rodeó para situarse en la parte posterior.
La velocidad de avance de la bestia era muy pequeña, la mitad de un hombre al paso. Antes de asestar el primer golpe, Black tocó su piel con la mano.
El animal no pareció sentir el contacto ni Black notó que fuese nocivo. Agarró la parte posterior con la mano izquierda y advirtió cierta consistencia, como si fuese la carne deuna ternera muy joven.
De pronto, empuñó el cuchillo y cortó transversalmente un trozo de la cola, de unos treinta: centímetros de largo. La bestia se agitó un poco y pareció acelerar su marcha. Black levantó en alto aquel trozo y vio que se escurrían unas gotas de líquido siruposo y transparente. El peso, supuso, rozaba los dos kilos.
Olisqueó un poco. De pronto, hizo una llamada:
-Harrom.
-Dime, Matt.
-He cortado un trozo de algo...
-Ah, sí. Vosotros lo llamáis estafilococo. Este es de una especie inofensiva, aunque me limpia mucho la epidermis.
Black tragó saliva.
¿E... es comestible?
-Toda materia orgánica viva es alimenticia.
-Ya.
Black estudió unos instantes el trozo de «carne» que sostenía con la mano izquierda. Luego pensó que no resultaría conveniente preguntar a Harrom cada vez que quisiera mover un pie. Debía hacer las pruebas por si mismo.
-Gracias, Harrom.
Empezó a buscar leña. Media hora más tarde, había encendido una hoguera. Largas lonchas de aquella carne empezaron a tomar un color agradablemente dorado.
Perla vino, ahuecándose el cabello.
-Ha sido un baño delicioso... Eh, has encontrado carne... ¿Dónde la has conseguido?

-¿Qué te parece?
-Tiene un aspecto muy apetitoso -sonrió Perla.
-Es carne de estafilococo.
La sonrisa se petrificó en el rostro de la muchacha.
-No hablas en serio -dijo.
-Me lo ha dicho Harrom. -Black separó una loncha, sopló un poco, mordisqueó ligeramente, masticó durante unos segundos y luego le guiñó un ojo-. Deliciosa, Perla -calificó.
Ella se sentó sobre los talones.
-No sé si podré...
-Tienes que intentarlo. Podríamos alimentarnos con el «sudor» de Harrom, pero el organismo humano necesita alimentos sólidos. Cierra los ojos, piensa que es una vaca... y te sabrá casi lo mismo.
Perla alargó una mano y cogió una de las lonchas.
-Me... esforzaré...
-Híncale el diente -aconsejó Black, con la boca llena, desechadas ya sus aprensiones.
Perla mordió con resolución. Después de unos segundos,sonrió.
-No está tan mal -dijo.
-Luego buscaremos el postre por ahí -contestó Black-. He visto unos arbustos con unas cosas redondas, parecidas a naranjas... A saber qué serán, pero si saben a naranja, su nombre es lo de menos.
Ella comió con buen apetito. Al terminar, se sintió melancólica.
-Papá me aguardaba en Byrdol -murmuró-. ¿Qué dirá cuando se entere de lo que ha pasado?
-Quizá tarde mucho en enterarse -opinó Black. «Si es que llega a enterarse algún día», pensó, sin demasiado optimismo en el porvenir.

* * *

El amigo de Thragoo se llamaba Evan Ardmore. En aquellos momentos, se encontraba en la cámara de mandó de la astronave, enviando un mensaje por el anticuado, pero todavía utilizado código morse.
Ardmore tenia a su lado el papel en el que estaba escrita la clave convenida. Tenía la seguridad de que alguien estaba recibiendo el mensaje en aquellos instantes. Lo que sucediese después, ya no era cuenta suya.
De repente, creyó notar la presencia de alguien a su lado. Antes de que pudiera volver la cabeza, dos enormes manazas se cerraron sobre su cuello.
-¿A quién enviabas ese mansaje? -preguntó Forgos con
fingida dulzura.
-Es... una felicitación... Mi madre cumple años...
-Oh, pobre mamá... ¿Tienes que decírselo en clave?

-Bueno, capitán... Si me deja explicarle…

De súbito, Forgos, empleando todas sus fuerzas, levantó en alto al sujeto, manteniendo sus pies a un palmo del suelo.

-Te tendré así hasta que hables -dijo--. Y si prefieres callar, morirás ahorcado -bramó.

Ardmore intentó patear, pero Forgos tenía una fuerza descomunal y, extendiendo los brazos, podía mantenerlo a distancia suficiente, sin permitir que los pies del sujeto se apoyaran en el suelo.

-Cuando quieras hablar, mueve una mano -indicó.

Ardmore intentó resistir, pero el dolor era atroz y cedió.

Agitó la mano. Forgos lo bajó, aunque sin soltarle.

-Habla -dijo, aflojando ligeramente la presión.

-Es... un mensaje que enviaba a la Victoria V –contestó el confidente.

Forgos levantó sus espesas cejas.

-Si no recuerdo mal, esa nave pertenece a un tal Studder-exclamó, muy sorprendido.

-Sí, pero... mis amigos se han apoderado de ella... ahora es el tercer oficial quien está al mando...

-¡Su nombre! -exigió Forgos.

-Andrus Thragoo...

-Le conozco. Un sujeto muy ambicioso, capaz de traicionar a su propio padre por cien gramos de «krytter». De modo que la Victoria V está ahora en sus manos.

-Sí.

-¿Hacia dónde se dirigen?

-A Harrom, señor.

Forgos meditó un instante. No tardó mucho en llegar a una conclusión. Soltó el cuello de su prisionero y le palmeó los hombros afectuosamente.

-Muchas gracias, chico -dijo-. Te has portado como un buen amigo. Ven a mi camarote y tomaremos una copa juntos.

-No..., no es necesario...

-Tomaremos una copa -insistió Forgos.

Antes de salir, sin embargo, alargó la mano y se apoderó de la clave. Luego, sujetando a Ardmore por un brazo, lo empujó fuera de la cámara.

Caminaron por los corredores. Algunos tripulantes les contemplaban extrañados, pero no dijeron nada, acostumbrados tanto a las excentricidades como a los arrebatos de cólera de su capitán.

Momentos después, llegaban ante una puerta, que Forgos abrió de un tirón. Con la otra mano, empujó a Ardmore al otro lado.

El sujeto trastabilló, helado de terror.

-Capitán, no...

Pero Forgos había cerrado ya. El segundo oficial acudía a la carrera.

-¿Qué pasa, capitán?
-Teníamos un traidor a bordo, Kenny. Ya te explicaré después -contestó Forgos, a la vez que apretaba un botón.
En el casco de la nave se abrió una compuerta. El aire escapó con violencia, convertido en vapor, arrastrando al desdichado Ardmore al vacío espacial.
Ardmore murió en pocos segundos, reventado por la súbita falta de presión. La sangre que había brotado al exterior de su cuerpo, se congeló instantáneamente, en aquella atroz temperatura del cero absoluto.
- Vamos a mi camarote, Kenny -dijo Forgos-. Hay un tipo que quiere jugarnos una mala pasada, pero vamos a ser nosotros los que le demos una buena lección.
-¿Quién es, capitán? -preguntó el segundo.
-Un tal Thragoo. Muy peligroso..., pero no tanto como
yo -contestó el tuerto rotundamente.

CAPÍTULO VI

Black estaba en pie, con los brazos cruzados, contemplando el panorama, completamente inmóvil. Perla se le acercó, un tanto intrigada.
-¿En qué piensas? -preguntó.
-En algo que hemos de estudiar detenidamente -respondió él, sin abandonar su postura-. No podemos permanecer indefinidamente errando como nómadas. Creo que debemos buscar un emplazamiento para nuestro campamento definitivo.
-La idea no es mala. ¿Por qué no consultamos a Harrom?
-Sois inteligentes. Buscad la solución vosotros mismos-dijo el planeta, silencioso hasta entonces.
-No quiere ayudarnos -exclamó Perla despechada.
Black levantó una mano.
-Harrom tiene razón -dijo-. No somos unos chiquillos, a los que es preciso guiar de la mano continuamente. Tenemos que buscar soluciones por nosotros mismos. Imagínate que hubiéramos llegado a un planeta... mineral. No podríamos pedirle ayuda, ¿verdad?
-Sí, claro...
-Pero Harrom sí puede contestar a algunas preguntas.
-¿Qué quieres saber? -inquirió el planeta.
-Aunque inteligente, no dejas de ser un cuerpo estelar. Eres un hombre, si quieres que te apliquemos esa palabra, pero en ciertos aspectos, debes comportarte como un planeta.
-Lógico. Tú eres un hombre y en «ciertos aspectos», te comportas como un animal -respondió Harrom irónicamente.

-Lo admito -dijo Black sin inmutarse-. La mayoría de los planetas tienen casquetes polares. ¿Los tienes tú?
-Sí.
-Eso significa que estamos en la zona templada, casi tropical.
-Aproximadamente.
-¿En qué estación del año nos encontramos?
-A mitad de la primavera.
-Gracias, Harrom. Sé que tu día dura más o menos veinticuatro horas y con eso, por ahora, tengo suficiente. -Black se volvió hacia la muchacha-. Veo allí un enorme bosque de árboles-columnas. Es el lugar adecuado para nuestro campamento.
-¿En el suelo o en las copas de los árboles?
Black sonrió.
-Vivir a estilo Tarzán y Jane resultaría incomodísimo-contestó-. Es preferible construir una buena y sólida cabaña de madera.
-Sin herramientas...
- Tengo un cuchillo y... -Black suspiró-. Tenemos todo el tiempo del mundo -agregó melancólicamente.
Perla puso una mano en su hombro.
-No te desanimes, Matt -aconsejó-. Saldremos adelante y, ¿quién sabe?, algún día, una nave... Tarde o temprano, mi padre se enterará de que no he llegado a Byrdol y hará que me busquen. Nos encontrará, te lo garantizo.
-Amén-respondió él, a la vez que echaba a andar hacia el bosque.

* * *

Andrus Thragoo leyó el mensaje que acababa de recibir, convenientemente descifrado, y lanzó una exclamación de júbilo.
-¡Ya lo tengo!
Kosseguth acudió presurosamente.
-¿Buenas noticias? -preguntó.
-La posición exacta del lugar donde aterrizará la Ursa Minor. ¿Qué te parece, Kurt?
-Fantástico -sonrió el interpelado-. ¿Cuál es el plan?
-Llegaremos antes que ellos y los aguardaremos, convenientemente escondidos. Cuando tomen tierra, los sorprenderemos. Luego obligaremos a que trabajen para nosotros.
-Pueden negarse, Andrus.
-Un par de muertos les convencerán de obedecer mis órdenes. Ellos tienen el material y nosotros el poder. Procura entender lo que esto significa.
Kosseguth sonrió aviesamente.
-Es muy fácil -contestó-. Pero todavía tenemos un problema, Andrus.
-¿Cuál?

~El chico. Sigue encerrado.
Thragoo hizo una mueca.
-Debería haberle matado..., pero, por otra parte, me da lástima. Lo mejor será que lo abandonemos en Harrom, a unos cientos de millas del lugar donde vamos a actuar. Que se las arregle como pueda.
-Está bien. ¿Cuánto tardaremos en llegar?
-Veinticuatro horas.
Al transcurrir el plazo señalado, Mike Neyden fue arrojado de la nave, sin ceremonias. Cayó al suelo y se quedó inmóvil, completamente deprimido por los padecimientos a que había sido sometido durante los días precedentes.
Mike se sintió aterrado. Estaba en un planeta solitario, perdido por completo, aunque, paradójicamente, sentía también cierto alivio, porque se daba cuenta de que ya no le matarían.
Podía sobrevivir, se dijo. Pero entonces, la tensión a que había estado sometido todo aquel tiempo se relajó considerablemente. Casi no había pegado ojo aquellos días.
Ni siquiera se molestó en buscar otro sitio. Cerró los ojos y, a los pocos segundos, dormía profundamente.
Un poco después, el suelo empezó a moverse con lentas ondulaciones, muy largas, aunque apenas perceptibles. Mike, agotado, no se enteró siquiera de lo que sucedía.

* * *

La orden de Forgos sonó como un cañonazo:
-¡Conecten pantallas de ocultación total!
El segundo se estremeció.
-Capitán, corremos el riesgo de quedarnos sin energía-advirtió.
-Lo sé -respondió el pelirrojo-. Pero eso forma parte de mi plan.
-No entiendo…
-Menos mal que tengo una mente privilegiada; de lo contrario, tendría que dedicarme a basurero del espacio, Kenny. Las pantallas nos ocultarán a todo sistema de detección que pueda tener la Victoria V. Por tanto, ese bastardo de Thragoo no podrá detectarnos; ni siquiera nos verá... hasta que vea la primera descarga dirigida a su nave. El que no haya muerto, escapará, abandonando el yate espacial, que ya no podrá despegar. Pero sus unidades de energía quedarán intactas... y las aprovecharemos para nuestro propio beneficio; eso, sin contar con los paneles de energía solar, que desplegaremos, mientras permanezcamos en la superficie de Harrom. De este modo, cuando hayamos terminado la tarea, podremos despegar sin dificultades..
-¿Qué haremos con los supervivientes que puedan quedar de la otra nave?
-Imagínatelo -respondió Forgos-. ¡Vamos, cumple mi orden!

-Sí, señor.
A los pocos momentos, el segundo anunció:
-¡Conectadas pantallas de ocultación total!
-Bien -dijo el tuerto-. Alista media docena de los mejores hombres, con armamento y equipo, preparados para el desembarco apenas lo ordene. Ocúpate de revisar sobre todo los fusiles, ¿entendido?
-Si, señor.
Forgos lanzó una mirada hacia la pantalla del televisor de observación. Harrom estaba ya a la vista. Se frotó las manos mentalmente. En aquella bola redonda, que se aproximaba vertiginosamente, estaba su fortuna.

* * *

Matt Black despertó por la mañana y lanzó una mirada a su alrededor. Todo aparecía en orden, la temperatura era excelente y pronto saldría el sol.
Sintió un poco de sed. A unos treinta metros, estaba el hoyo en donde Perla se había bañado el día anterior. Al volver la cabeza, la vio durmiendo apaciblemente.
El hoyo tenia unos sesenta metros de diámetro, por una profundidad de seis o siete. Black se dio un buen baño y, tras secarse con los primeros rayos del sol naciente, empezó a vestirse.
A poco, una protuberancia expelió un gran chorro de liquido.
-¡Perla, despierta! -llamó a gritos-. Ven a tomar el desayuno.
La muchacha se incorporó. Black agitó la mano.
-Date prisa, no sea que deje de manar -la acució.
Perla se acercó al lugar y tomó unos cuantos sorbos del líquido.
-Yo ya me he bañado -dijo él-. En cuanto termines, empezaré a trabajar.
-Muy bien.
Black empezó a medir el terreno en donde iba a emplazar la cabaña. Puesto que no disponía de elementos adecuados, tuvo que hacerlo contando los pasos. Veinticuatro de largo, por doce de ancho, eran unas dimensiones más que suficientes, calculó.
Puso mojones a cada una de las cuatro esquinas, mediante trozos de piedra que amontonó convenientemente.
-Les llamamos piedras, pero son restos ya muertos de la epidermis de Harrom -dijo a Perla, que acababa de llegar.
-¿Puedo hacer algo yo? -consultó la joven-. No me gusta estar mano sobre mano...
-Ve desbrozando lo que puedas. Yo voy a subir a la copa de uno de estos árboles, para cortar las primeras ramas.
-Muy bien.
Black se coló el cuchillo del cinturón y luego alzó la vista hacia la copa

del árbol más cercano, situada a unos veinte metros de altura. Acercándose al tronco, lo tanteó con la mano.
Parecía madera muy dura, pero tenía las suficientes rugosidades como para poder trepar sin demasiadas dificultades. Inmediatamente, emprendió el ascenso.
Perla estaba arrodillada, para arrancar unos matojos, y le vio ascender, con la agilidad de un mono.
-¡Cuidado, Tarzán! -gritó alegremente.
Black sonrió. Momentos después, alcanzaba la primera rama. Trató de acomodarse lo mejor posible y sacó el cuchillo, para iniciar el trabajo.
Levantó la mano derecha. Fue a descargar el primer golpe, pero se quedó quieto, convertido en una estatua, enormemente asombrado por lo que acababa de ver a menos de cien metros de distancia.
Reaccionando, enfundó el cuchillo y descendió con gran rapidez. Perla observó la maniobra y se incorporó, asombrada.
-¡Matt!¿Qué sucede?
Apenas puso el pie en tierra, Black echó a correr.
-¡Ven, Perla! -gritó.
Ella le siguió, sorprendida por la insólita actuación del joven. De repente, le vio que se arrodillaba junto al cuerpo de un hombre tendido en el suelo.
-¡Dios mío! -exclamó-. ¿De dónde ha salido ese tipo?
Al acercarse, vio que la cara del sujeto le resultaba familiar.
-¡Mike Neyden! -gritó.
Black se volvió, vivamente sorprendido.
-¿Lo conoces?
-Claro que sí -respondió ella-. Es el chico de quien te hablé y gracias al cual estoy viva.
-Su aspecto es más bien deplorable. Debe haber padecido mucho -supuso Black.
- Thragoo es una bestia con patas -calificó Perla duramente-. Aún me extraña verle con vida, Matt.
Neyden continuaba profundamente dormido. Black le dio unas palmaditas en la cara demacrada. Al fin, se abrieron los ojos del chico.
Durante unos segundos, miró torpemente a las dos personas que estaban inclinadas sobre él. Luego, de pronto, exclamó:
-¡Señorita Perla!
Ella sonrió.
-Mike, no temas. estás a salvo -dijo.
-No sabe cuánto lo celebro...
-El es Matt Black, un amigo de toda confianza –añadió Perla.
-Hola, Mike -saludó el joven.
-Señor Black... -Súbitamente, Mike se incorporó sobre un codo-. Señorita, Thragoo tiene intenciones de aterrizar en este planeta,

aunque ignoro exactamente el lugar.
-Harrom es muy grande -sonrió Black.
-Mike, tienes que contamos lo que ha sucedido –dijo Perla.
-Este chico parece agotado -comentó el joven-. Lo mejor sería esperar a que Harrom «sude» y darle un poco de alimento. Luego nos contará todas sus peripecias. Muchacho, ¿puedes ponerte en pie?
-Lo intentaré, señor...
Black ayudó a Mike. El chico logró sostenerse sobre sus piernas.
-Parece que lejos de ese asesino que es Thragoo me siento mucho mejor -observó sonriendo.
-He visto por ahí unas espinacas... Perla, cuando veas «sudar» a Harrom, haz que beba unos tragos.
-Está bien, Matt.
Black se alejó en busca de aquellas vellosidades comestibles. A los pocos momentos, regresó junto a los dos. Mike agradeció cumplidamente el alimento.
Luego relató su historia. Black se sintió profundamente preocupado.
-Si hubiera podido enviar un mensaje...
-Matt, no sabemos dónde va a aterrizar Thragoo –dijo la muchacha-. Si lo supiéramos, podríamos intentar el asalto a la nave, ¿no te parece?
Black asíntió.
-¿Cuántos tripulantes son? -preguntó.
-Doce, en total.
-Hay armas, supongo.
-Unos cuantos rifles eléctricos...
- Harrom es tan grande como la Tierra. Será dificilísimo dar con ellos. Podría costamos años enteros localizar el terreno de aterrizaje, pero, claro, Thragoo y sus compinches no van a estar aquí tanto tiempo.
Perla lanzó una exclamación:
-¡Matt, podríamos preguntárselo a Harrom! Sin duda, él nos indicaría...
-No suelo intervenir en conflictos que se producen entre seres de otra especie -habló el planeta súbitamente-. Si una bacteria ataca a un estafilococo, por ejemplo, ¿he de hacer algo para impedirlo?.
-Pero nosotros somos inteligentes, como los que van a
llegar -adujo la muchacha-. Y como tú, claro.
Mike estaba pasmado.
-¿Con quién habla la señorita? -inquirió.
Black le hizo señas con la mano para que se callase.
-Harrom, nosotros no somos criminales, como los que van a llegar...
-¿Es criminal una bacteria, porque devore a un estafilococo? ¿Es criminal un fagocito porque devore a una bacteria? -dijo Harrom.
-Vaya una respuesta -exclamó Perla, dando con el pie en el suelo-. Compararnos a esos forajidos...

Black procuró calmar a la muchacha, que se había puesto sumamente nerviosa.
-Tranquilízate -dijo-. Trata de comprender el punto de vista de Harrom.
-Pero yo me alegro cuando mis glóbulos blancos cortan una infección en mi cuerpo -alegó ella.
-La filosofía de Harrom es muy particular. Tal vez él piense que todos los animales de tamaño infinitesimal, comparado con el suyo, sean iguales, y que deben actuar según sus características. Aun siendo inteligente, como lo es, su idiosincrasia es muy distinta de la nuestra...
-Pero, ¿de quién están hablando? -se asombró Mike, que no comprendía nada de lo que sucedía.
-De Harrom, el planeta. Es un hombre con figura esférica.
-¡Cielos! -dijo el chico--. Es lo más fantástico que he oído en los días de mi vida.
De pronto, tendió la mano hacia un punto situado en las alturas.
-Ahí están -exclamó.
Black y Perla volvieron la cabeza. A menos de quinientos metros de distancia, una nave, resplandeciente como una joya, iniciaba el descenso hacia el suelo del planeta.
-¡Es mi yate! -gritó. Perla.

CAPÍTULO VII

Se habían escondido bajo el bosque, desde donde pudieron ver la nave con toda comodidad. Black empezó a pensar en la forma mejor de llegar hasta allí, a fin de intentar el asalto, con un mínimo de riesgos.
El yate se posó al fin en el suelo. A los pocos momentos, se abrió una escotilla.
-¡Vamos, a buscar ramajes para enmascarar este cacharro! -gritó el jefe de los amotinados.
-Si se acercan un poco más, nos verán -advirtió Perla, alarmada.
-Será mejor que nos escondamos en la copa de este árbol -dijo Black-. Vamos, no es tan difícil subir a lo alto. ¡Arriba!
Minutos después, se encontraban a veinte metros del suelo. Convenientemente ocultos por el ramaje, pudieron ver las operaciones de los amotinados, que se dedicaban a arrancar todos los arbustos y matorrales que habían en las inmediaciones.
-En el cuarto de herramientas hay un par de sierras eléctricas -dijo Thragoo-. Kurt, envía a dos hombres a las copas de los árboles..
-Está bien -respondió Kosseguth.
-Hemos de tener paciencia -dijo Black, sentado en una gruesa rama-. A la noche, inevitablemente, tendrán que dormir.
-Tienen siempre un centinela despierto -informó Mike.

-Uno es... la doceava parte de doce -rió el joven. -Lo que no comprendo es por qué han tenido que venir aquí -intervino Perla.
-Está claro. Vienen a buscar “krytter” -respondió Mike.
Black se volvió vivamente hacia el chico.
-¿Has dicho “krytter”?
-Sí, señor. -Mike golpeó con una mano la rama sobre la cual se hallaba a horcajadas-. Señor, está sentado usted sobre unos cientos de kilos de «krytter».
La boca de Black se abrió desmesuradamente.
-De modo que lo sacan de aquí...
-Sí, señor, aunque ignoro el procedimiento.
-Matt, ¿qué es el «krytter»? -preguntó Perla, muy intrigada.
-¿Cómo? ¿Pero, no lo sabes?
-He oído hablar de esa sustancia... Es una droga, ¿no?
-El último «grito» en drogas -contestó él ceñudamente-. En apariencia, una panacea, que lo cura todo..., pero, inexorablemente, mata antes de dos años.
-Horrible -se estremeció Perla.
-Lo trágico del caso es que no actúa como las drogas al uso, es decir, arruinando la salud gradualmente, hasta convertir al adicto en una piltrafa, no. Todo lo contrario, el que toma el «krytter» mejora en todos los aspectos, adquiere vigor, fortaleza, incluso belleza física..., pero, de súbito, antes de que hayan pasado dos años, y sin previo aviso, muere fulminado. Muchos creen que eso no les ocurrirá, pero, hasta ahora, no se conoce una sola excepción.
-Y, sin embargo, hay gente que toma esa droga.
-Se paga a veinticinco el gramo -dijo Mike.
Black se volvió hacia el chico.
-Estás muy enterado del asunto -comentó.
-Tuve tiempo de oír conversaciones a bordo del yate antes de que se produjera el motin -respondió Mike.
Black se concentró en sus pensamientos. Si hubiese podido enviar un mensaje...
Era un secreto que sus acompañantes no debían conocer. Pero algo le había impedido pedir socorro. Y, aunque estimaba que iba a ser una acción llena de dificultades, no tenía otro remedio que intentar el asalto de la nave que ya empezaba a desaparecer bajo los ramajes de enmascaramiento.

* * *

El coronel Ovis Drantor entró en la sala de control de las Patrullas Estelares y se dirigió al operador de guardia.
-¿Noticias de E. V .2? -preguntó.
-Ninguna, señor -respondió el operador-. Hace muchos días que

intentamos comunicamos con él, pero, hasta el momento, todos los esfuerzos han resultado imposibles.
-¿Cuánto tiempo hace de su última comunicación?
-Una semana, señor, aproximadamente, desde la Ursa Minor. Luego, de repente, se perdió el contacto. Hemos estado llamándole continuamente, pero no hemos recibido respuesta.
-Sigan intentándolo -dijo Drantor-. E.V.2 es demasiado astuto para dejarse matar. Tiene que estar en alguna parte, quizá en un medio que le impida la emisión de mensajes. Continúen las llamadas.
-Bien, señor..
Drantor regresó a su despacho. Allí se encontró con una visita.
-Coronel, soy Emil Studder -dijo el hombre.
-Le conozco, señor Studder, aunque no sea más que en efigie -sonrió Drantor-. ¿Puedo serle útil en algo?
-Creo que sí, coronel. Mi hija ha desaparecido, con su yate espacial, el Victoria V.
Drantor miró al hombre que tenía frente a sí. «Dinero, dinero, cantidades galácticas de dinero», pensó. Posiblemente, la hija de Studder era la única mujer en quinientos años luz a la redonda que poseía una astronave propia.
-¿Qué le hace sospechar su desaparición? -preguntó, sin revelar exteriormente sus pensamientos hacia el visitante.
- Tenía que haber llegado hace cuatro días y no hay noticias de su yate. Mi operador privado captó una conversación entre el capitán Swanson y su tercer oficial. Discutían muy ásperamente, pero luego la comunicación se interrumpió. Desde entonces, no hemos vuelto a tener noticias del yate, ni de sus pasajeros.
-¿Sospecha algo parecido a un motín?
- Pudiera ser, coronel.
-Está bien, señor Studder. Al salir, facilite a mi ayudante todos los datos de situación del yate, velocidad, carga, nombres de los tripulantes... Despacharemos inmediatamente un par de naves de patrulla a investigar por el sector en que se supone desapareció su hija.
Studder se puso en pie.
-No esperaba menos de usted, coronel -sonrió, a la vez que tendía la mano hacia el jefe de las Patrulleras estelares.
-Nuestro deber es servir al público, señor –respondió Drantor.

* * *

-Hay una cosa que me extraña -dijo Perla.
-¿Sí? -murmuró Black.
-Puesto que el «krytter» es inexorablemente mortífero, ¿por qué toma la gente esa droga?

-Es bien sencillo. El «krytter» es vigorizante, euforizante, rejuvenece increíblemente en pocas semanas; hace que un anciano de ciento cincuenta años se sienta casi como un jovenzuelo... y al verse en este estado de salud tan exuberante, rebosantes de optimismo, todos piensan que ellos no morirían. Pero ninguno se salva.
- Y se paga a veinticinco el gramo.
-Con veinte gramos, se notan ya los primeros efectos, pero si se suspende la ingestión periódica, un gramo diario, los achaques y las dolencias vuelven de nuevo, incluso más virulentos. Con cien, desaparecen todos los males..., pero los efectos del «krytter» ya son irreversibles. Pasando de los treinta o cuarenta gramos, el adicto ya no tiene salvación.
-Eso significa que los traficantes tienen una clientela segura.
-Compuesta por cientos de miles de personas que anhelan volverse jóvenes, guapos, robustos... y lo consiguen; pero mueren jóvenes, guapos y robustos.
Se volvió hacia el chico.
-¿No es así, Mike?
-Sí, señor -confirmó el interpelado.
Abajo, en el suelo, el yate había quedado ya completamente oculto a la observación aérea y no era más que un enorme montón de vegetación, que no ofrecía el menor aspecto sospechoso.
-Bien -dijo Thragoo-, y ahora, sólo nos falta esperar la llegada de la Ursa Minor. Kurt, ¿están preparadas las armas?
-Sí, Andrus.
-Convendría que tomásemos un bocado. La Ursa Minor no puede tardar ya demasiado.
- Yo también lo creo así -contestó Kosseguht-. ¡Eh,
Bartkey, trae algo de comida -gritó repentinamente-. Un par de latas, y también cerveza.
-Está bien -contestó el aludido.
Thragoo se echó a reír, a la vez que palmeaba el tronco del árbol más cercano.
-Aquí está nuestra fortuna -dijo-. Cientos y cientos de kilos de "krytter", lo que significa cientos y cientos de kilos de oro.
-Y, ¿qué significa para Forgos y los suyos? –preguntó Kosseguth.
-Seis palmos de tierra.
Kosseguth asintió.
-Es lo único que se merecen -convino siniestramente. Luego levantó la vista al cielo.-Aún no hay señales de la Ursa Minar -añadió.
-No te preocupes; el detector está conectado. Apenas capte la menor señal, sonarán las sirenas y...
Algo interrumpió bruscamente a Thragoo.
Era un rayo de luz deslumbrante que surgió repentinamente en las

alturas y que, avanzando de forma instantánea, alcanzó a la Victoria V en el morro, provocando una tremenda explosión, cuya onda derribó por tierra a todos los que se hallaban en las inmediaciones.

* * *

En la copa del árbol, Perla, asustada, lanzó un grito.
-¡Matt! ¿Qué ha sido eso?
-Silencio, no alces tanto la voz -dijo él-. Yo diría que... Forgos está ya a la vista.
-Pero no se ve su nave...
-Habrá conectado los sistemas de ocultación total.
Thragoo, aturdido y ensordecido, se levantó y gateó para alejarse del lugar, mientras blasfemaba obscenamente. Otros de sus compinches trataban de huir también.
Más rayos de luz brotaron de las alturas. Eran menos intensos y, aparentemente, eludían el contacto con la nave posada en el suelo. Pero perseguían a los fugitivos.
En el puente de la Ursa Minor, Forgos reía cada vez que una de aquellas descargas alcanzaba a uno de los fugitivos, quien se convertía inmediatamente en humo.
-No voy a dejar una rata con vida -gritó, exultante de satisfacción.
Black contemplaba el espectáculo con las facciones contraídas. Abajo, en el suelo, la proa de la Victoria V era un amasijo de hierros retorcidos, súbitamente incandescentes por la descarga.
Thragoo y Kosseguth consiguieron escapar, ocultándose en el bosque.
-Esos hijos de perra -dijo el primero.
- Tienen que aterrizar. Les daremos una sorpresa -prometió Kosseguth, ansioso de vengar la derrota sufrida-. Han consumido una enorme cantidad de energía y ahora tendrán que permanecer durante semanas en tierra, hasta que consigan rehacerse mediante ,las baterías solares.
Thragoo asíntió.
-Sí, tienes razón. -Agitó el fusil que, por fortuna, había conservado-. Con esto les daremos una buena lección-añadió.
Los dos hombres se alejaron a la carrera.
-Ya volveremos -dijo Kosseguth.
Entonces, sucedió algo extraño.
El suelo empezó a moverse en torno a la nave atacada.
Black se quedó perplejo al apreciar las ondulaciones de la superficie, de forma circular, cuyo centro se hallaba justamente en el lugar ocupado por el yate.
-¿Qué pasa? -exclamó Perla.
-No lo sé, pero voy a bajar -dijo Black-. Quizá encuentre un transmisor

de emergencia...
-¡No lo hagas!
Black se quedó parado.
-¡Harrom!
-Sigue donde .estás -ordenó el planeta.
El suelo seguía moviéndose. Black, fascinado, observó que la nave de Perla empezaba a hundirse.
-E... está deglutiendo el yate... -sollozó la muchacha.
-Esos granujas me han estado pinchando con sus rayos-se quejó Harrom-. Con lo bien que dormía...
Black oyó aquellas palabras y alzó las cejas.
-Ah, estabas dormido.
-Bueno, hacía lo que vulgarmente se dice dar una cabezadita. Pero los rayos que han disparado son muy potentes -se quejó el planeta.
-Al menos tiene una potencia de cien megavatios-dijo black pensativamente.
-¡Cien millones de vatios! -se pasmó Mike.
-Quizá más. Por eso se han quedado momentáneamente sin apenas energía.
El yate de la muchacha continuaba hundiéndose. Parecía que se sumergiera en unas arenas movedizas.
Cinco minutos después, había desaparecido por completo. El suelo recobró su aspecto habitual.
-Harrom, ¿qué harás ahora con es nave? –preguntó Black.
-Digerirla, naturalmente -contestó el planeta.
-Podrías echarte una siestecita...
-No, me han despertado y estoy más despabilado que nunca.
-Lo siento, Harrom.
-No te preocupes, muchas gracias.
Perla y Mike escuchaban la conversación; sin comprender su alcance. El chico se había convencido ya de que estaban en un planeta-hombre.
De repente, se vio brillar algo en las alturas.
-Ahí está la nave de Barbarroja -exclamó Black.
Perla levantó la vista. A unos mil metros de distancia, se divisaba la reluciente estructura de un colosal aparato, cuyo suave descenso anunciaba la inminencia del aterrizaje.

CAPÍTULO VIII

La Ursa Minor se posó en el suelo. El segundo de a bordo, Kenny Roll, lanzó una ojeada a los indicadores de energía y se puso pálido.
Las agujas estaban rozando el cero de la escala.
-¡Capitán! -llamó.

Forgos se acercó desde el otro extremo de la cabina.
-¿Qué sucede, Kenny?
-Mira esto. No tenemos una gota de energía.
-Hemos consumido más de lo previsto -dijo Forgos tranquilamente-. Pero ya lo sabíamos, ¿no?
-Sí, claro... aunque si tuviésemos que elevarnos inmediatamente, no podríamos levantamos una docena de metros.
- Tenemos ahí fuera a la Victoria V, no te preocupes.
-¿Dónde, capitán?
-Pues ahí...
Forgos extendió la mano, pero se quedó inmóvil como una estatua.
-¡Por todos los diablos! -barbotó-. ¿Dónde está esa maldita nave?
-Eso es lo que me gustaría saber -respondió el segundo.
-Lo sabremos mejor cuando hayamos salido afuera.
Forgos echó a correr hacia la escotilla más cercana y presionó el mando de apertura. Pero la compuerta permaneció inmóvil.
-¿Qué diablos para aquí? -exclamó furiosamente.
-Es bien sencillo; tendremos que usar el mando manual. No hay energía ya ni para freír un par de huevos -contestó Roll. .
Algunos tripulantes se habían congregado en torno a los dos hombres. Forgos lanzó un bramido.
-¡Vamos, no os quedéis parados como postes! Hemos de salir al exterior y averiguar qué diablos ha pasado.
La compuerta se abrió al fin. Forgos fue el primero en precipitarse al exterior.
Con ojos de asombro, contempló el paisaje, dando vueltas en torno al lugar donde había estado el yate espacial. Encontró algunos trozos de metal, un fusil eléctrico, un par de hebillas y una gorra de visera. Pero de la Victoria V y su tripulación, no había el menor rastro.
-¿Se los habrá tragado la tierra? -mascculló.
Colérico, asestó un puntapié al tronco del árbol que tenía más cerca.
-Aquí hay cientos de miles en «krytter» y eso es lo que debe importamos -decidió al cabo.
-Capitán, míentras no haya energía, no podemos soñar siquiera en descargar la pre-desecadora -dijo el segundo-. Tenemos que hacer funcionar las baterías de energía solar o nos quedaremos aquí para el resto de nuestros días.
-Muy bien, entonces, pon a todos los hombres a trabajar -contestó Forgos malhumoradamente-. ¿A qué diablos esperamos? No vamos a pasarnos la vida mano sobre mano, ¿ verdad?
-Encuentro muy interesante lo que dicen esos tipos -murmuró Black...
Desde el lugar en que se encontraban, todos los sonidos se percibían con absoluta claridad.
-Supongo que has sacado tus deducciones -dijo Perla.

-No lo dudes. Pero hasta la noche no podremos hacer nada.
-¿Tienes alguna idea?
-Sí; alejarnos de aquí.
Perla respingó.
-Matt, por favor...
-Hemos de marchamos. En esa nave no hay energía siquiera para hacer la cena. Hasta que no hayan puesto los colectores de energía solar y empiecen a cargar los acumuladores, no se podrá intentar el asalto.
-Pero podríamos... no sé, tendríamos ropas, comida...
- Y muchos riesgos, aparte de que montar las baterías solares, sobre todo, cuando se ha de hacer absolutamente todo el trabajo a mano, es cosa de mucho tiempo, aparte de una labor muy fatigosa. Dejemos que sean ellos los que se cansen.
-El señor Black tiene razón, señorita -terció Mike-. Dejemos que se deslomen ellos. Cuando hayan terminado, nosotros recogeremos el fruto de su labor.
Agarró una hoja y la mordisqueó distraídamente. De pronto, exclamó:
-¡Oigan, eso sabe estupendamente!
Black volvió la cabeza.
-Cuidado -dijo-. No olvidemos que el «krytter» sale de estos árboles precisamente.
-No temas, nada de lo que yo tengo en mi epidermis, es nocivo, en su estado natural -informó Harrom.

* * *

Cuando llegó la noche, Black se sentía muy desanimado. Los trabajos en la Ursa Minor habían adelantado muy poco. Pese a las voces, las blasfemias y las imprecaciones de Forgos, sus hombres se habían mostrado indolentes y apáticos, ejecutando las tareas con una desgana evidente. Pasaría al menos una semana antes de que la batería solar pudiese entrar en funcionamiento.
- Y otra semana, para disponer de la energía suficiente que permita enviar un mensaje espacial -murmuró, a la vez que se disponía a emprender el descenso.
La nave se hallaba a unos quinientos metros. Descendieron por el lado opuesto del tronco y en pocos minutos pusieron pie en el suelo.
-Alejémonos cuanto antes -dijo Black.
Inmediatamente, emprendieron la marcha. Una hora más tarde, Black consideró que habían recorrido más de cinco kilómetros, distancia harto suficiente para no temer nada de unos sujetos que desconocían su presencia en el planeta.
-Vamos a pernoctar aquí -dijo-. He visto a lo lejos un pequeño valle, en el que podremos permanecer unos cuantos días, sin ser vistos.

Una roca «sudó» a poca distancia y los tres náufragos saciaron la sed y el hambre. Luego, Black se tendió en el suelo y movió el cuerpo unas cuantas veces, hasta lograr un acomodo satisfactorio.
Durante unos momentos, contempló las estrellas en lo alto. De pronto, recordó algo.
-Harrom, ¿duermes? -preguntó.
Perla se incorporó sobre un codo y le miró asombrada.
-¿Por qué dices eso? -quiso saber, intrigada.
-Espera...
-No, no duermo -contestó Harrorn.
-Nosotros tenemos sueño -dijo Black.
-Entonces, buenas noches -le deseó el planeta.
-Matt, ¿quieres explicarte, por favor? -rogó Perla.
Black sonrió.
-Harrom es nuestro amigo y quería darle las buenas noches -contestó el joven evasivamente.
La noche transcurrió con toda tranquilidad. Black empezó a pensar en la conveniencia de pedir a Harrom un buen chaparrón, que llenase un agujero en el que poder darse un baño, pero no tuvo tiempo.
Alguien emitió un grito horripilante a corta distancia.
-¡Andrus! ¡Ayúdame!

* * *

Cerca del lugar en donde habían pernoctado, se divisaba un espeso grupo de matorrales, de gran altura. El grito procedía del otro lado, a menos de cien pasos de distancia.
Black echó a correr de inmediato, seguido por Perla y el chico. Al dar la vuelta a los arbustos, contempló un espectáculo singular.
Había allí un hombre, que se agitaba frenética mente, aprisionado por los largos tentáculos de un animal monstruoso, informe, mientras otro, a corta distancia, contemplaba la escena inmóvil, paralizado por el terror. Black reconoció en el acto a uno de aquellos seres a los que Harrom había denominado bacterias. El ser había capturado una presa y se disponía a devorarla..
-¡Es Kosseguth! -exclamó Perla.
Kosseguth emitía unos alaridos horripilantes. Casí de repente, fue situado sobre la superficie del animal, cuyo cuerpo se apartó a los lados para así permitir la mejor ingestión de su presa. Entonces, Thragoo pareció reaccionar y levantó el fusil eléctrico.
Pero ya era tarde. Lanzando su último y desgarrador chillido, Kosseguth desapareció en el interior del ser. Los tentáculos se replegaron y volvieron a formar parte del cuerpo principal, que se agitaba con rápidos espasmos, siniestramente indicadores del comienzo del proceso de digestión.

Thragoo hizo al fin un disparo y la descarga carbonizó al animal, que empezó a despedir de inmediato un humo pestilente y nauseabundo. Black se dio cuenta de que ya no podía hacer nada por Kosseguth.
Pero el otro tenía un arma. Saltó hacia adelante, cargando contra Thragoo.
El forajido se volvió. Un puño se estrelló inmediatamente contra su mentón, dejándolo sin sentido en el acto.
Black se inclinó y recogió el fusil.
-Ahora me siento un poco mejor -dijo.
-Señor Black... ¿qué... qué era esa cosa tan horrible? -preguntó Mike, aún temblando de pies a cabeza.
-Harrom lo llama una bacteria -contestó el joven-. Kosseguth se descuidó y...
-Cuidado-avisó Perla.-Thragoo empieza ya a moverse.
Black volvió la cabeza. A los pocos momentos, Thragoo se sentó en el suelo, tentándose la mandíbula con una mano.
-¿Quién es usted? -preguntó.
-Un amigo de la señorita Studder y de Mike Neyden-contestó el joven-. Los recuerda, supongo, tercer oficialThragoo.
El sujeto palideció.
-¿Qué piensan hacer conmigo? -preguntó.
-Usted es un pirata. Asesinó al comandante de su nave y al segundo oficial, amotinó a la tripulación y se apoderó de la nave, a cuya propietaria abandonó en un planeta deshabitado. Dígame, Thragoo, ¿cuál es el castigo que merecen sus crímenes?
Thragoo no tenía fuerzas para contestar. La muerte de sus compinches, la desaparición de la nave y la horrible suerte corrida por Kosseguth, le habían desmoralizado por completo.
-Solicito piedad -dijo humildemente.
Black movió el rifle.
-La tendrá -contestó-. Póngase en pie y empiece a caminar. Si vuelve la cabeza una sola vez, le abrasaré vivo.
Thragoo obedeció en el acto. Su figura se empequeñeció gradualmente, hasta desaparecer por completo.
-¿Y ahora? -dijo Perla.
-¿Te enoja mi decisión? -preguntó él.
-No -respondió la muchacha-.No me habría gustado verte disparar contra él a sangre fría, Matt.
Mike se rascó la cabeza.
-Pues... qué quiere que le diga, señorita; si yo hubiese estado en el sitio del señor Black, habría carbonizado a ese tipo. Ahora estaba muy manso, pero porque no tenía otro remedio. Esperemos que la bondad del señor Black no sea recompensada por alguna marranada de Thragoo.

-No lo creo -sonrió el joven.
-Le diré una cosa; señor Black: no se fíe en absoluto de ese bastardo.
-Matt, estás delante de una dama.
-No te preocupes, Mike; acabas de definir a Thragoo con toda exactitud -dijo la muchacha.
-Está bien, sigamos -exclamó Black.

* * *

El capitán Rogers, ayudante del comandante de las Patrullas Estelares, entró en el despacho. El coronel Drantor le miró en silencio.
- Todavia sin noticias de E. V .2, señor -anunció.
La frente de Drantor se arrugó.
-¿Cree que ha podido morir?
-No, señor. El receptor señala una actividad mínima, muy confusa, sin parámetros que permitan aclarar su situación actual. Personalmente, opino que ha podido sufrir un golpe que haya podido bloquear su potencia emisora. Tal vez está sometido a .la acción de una droga muy potente...
-Eso significaría que lo han hecho prisionero.
-En efecto, aunque dudo mucho de que pudiera permanecer tanto tiempo drogado. Mi impresión personal se inclina hacia el golpe en el cráneo, señor.
Los dedos de Drantor tabalearon la mesa.
- Y quizá, aunque plenamente consciente, se halla en estado de amnesia -apuntó.
-Muy posible, señor.
-Está bien, Rogers, que sigan investigando las patrullas... Ah, ¿qué hay de la Victoria V?
-Ninguna noticia. Ha desaparecido... como si hubiera sido desintegrada. No hay señales de la chica ni de los tripulantes.
-Ese yate estaba al mando del capitán Newton, un tipo competente donde los haya -dijo Drantor preocupadamente-. Me pregunto qué les ha podido ocurrir...
-Señor, permítame que le informe de algo que hemos sabido hoy. El confidente ha tardado en pasarnos la noticia, porque temía ser visto. La Ursa Minor hizo una escala en este planeta, muy corta, de apenas cuatro horas de duración, y en un lugar donde no pudiera ser observada. El capitán, ese tuerto con una sola pierna, que se llama Forgoss, estuvo conversando con Darrell Sycalb, que fue quien le proporcionó los víveres.
-Sycalb es un constructor de muebles ---dijo Drantor.
-Muy bueno en su género, pero ya sabe que sospechamos de él como elaborador y distribuidor de «krytter». Aunque hasta ahora no hemos podido probarle nada...

-Sí, es cierto. ¿Qué más, capitán?
.-Conoce el destino de la Ursa Minor. Ha ido a Harrom. Y también hemos sabido que E. V.2 no estaba en esa nave. El confidente ha podido averiguar que un polizón fue expulsado de la nave y abandonado en un planeta desierto. Suponemos que debe tratarse de Harrom, no hay otro en las inmediaciones de este sistema.
-Rogers, ha traído usted muy buenas noticias -dijo Drantor-. Despache inmediatamente una nave de patrulla, pero sin que aterricen en Harrom. Dígales que se limiten a observar especialmente con los detectores de actividad cerebral. Indíqueles también la fórmula de E. V .2; aunque siga
amnésico, podrán identificarle.
-Si. señor.
-Mientras hay actividad cerebral, hay vida. Sin embargo, es preciso actuar de forma que E.V.2 no vuelva a correr más riesgos. ¿Entendido?
-Así se hará, coronel.
CAPÍTULO IX
Tumbado de pechos en el suelo, Black observaba críticamente la actividad que desplegaban los hombres situados a unos quinientos metros de distancia.
La mayoría pereceaban al sol. Había llovido los días precedentes, llenando un gran hoyo, en el que se bañaban unos cuantos. En la parte superior de la astronave, la batería de espejos recolectaba energía solar y la almacenaba en los acumuladores.
Perla y el chico estaban a ambos lados del joven. Black mordisqueaba un carnoso tallo de hierba, de agradable sabor.
-Vivir aquí es maravilloso -sonrió Black-. Estoy mascando hierba, como si fuera una vaca terrestre...
-Matt, ¿qué están haciendo esos tipos? -preguntó la muchacha.
-Esperan a tener energía suficiente. Mientras no lo consigan, no podrán descargar ese chisme que se ve sobre la nave.
. -¿Qué es, señor Black? -preguntó Mike:
-Una pre-desecadora.
-¿Cómo? -se extrañó Perla.
-El “krytter” se extrae de la madera de esos árboles. Pero son muy húmedos, si se puede definir así su estructura. Por tanto, es preciso pre-desecarlos aquí, para reducirlos de tamaño. Entonces, ya se pueden transportar los tablones y las vigas en la nave. Y cuando llegan a Byrdol, se dispone de la mejor madera del mundo para construir muebles.
-Pero ellos no han venido aquí en busca de madera -exclamó la joven.
-Esa madera, totalmente desecada y convenientemente tratada, es ya el «krytter».

-Comprendo.
-Se van a «forrar» -dijo Mike pintorescamente. -Hasta que alguien les eche el guante.
-¿Cuál es la sentencia, Matt? -preguntó Perla.
-Muerte.
Hubo un instante de silencio.
-Y, a pesar de todo, se arriesgan -murmuró ella.
-Los beneficios son inmensos. Por otra parte, hasta ahora, no habían sido descubiertos. Las cosas cambiarán de ahora en adelante.
Perla le miró, sorprendida.
-Matt, tengo la impresión de que no eres el que aparentas. En tu vida has sido cocinero...
Black se echó a reír.
-Soy químico, lo que, a decir verdad, tiene mucha relación con la cocina -contestó jovialmente.
-Claro. Por tanto, entiendes de drogas...
-Sí, perla.
-Pero eso no debiera preocuparme...
-Lo que me preocupa es conseguir llegar hasta la emisora para enviar un mensaje. Espero poder hacerlo cuando todos ellos estén durmiendo.
-Habrá algún centinela -supuso Mike.
-Ese no es problema. Lo importante es que ha pasado ya otro día y deben tener la energía suficiente para iniciar los trabajos. Y si es así, la radio podrá funcionar sin dificultad.
-¿Tienes algún plan para llegar hasta la nave, Matt? -preguntó, la muchacha.
-Esperar a que se haga de noche -respondió Black,

* * *

La nave de patrulla del teniente Rodman llegó a las inmediaciones de Harrom y empezó a trazar órbitas a su alrededor, a una distancia de un cuarto de millón de kilómetros. El planeta era un enorme disco amarillento en el espacio, a cuyo alrededor giraban dos satélites de dimensiones mucho menores que la Luna terrestre. Rodman calculó que la distancia era adecuada y dio una orden:
-Conecten detector cerebral -ordenó.
-Detector cerebral conectado -repitió el operadora los pocos segundos.
-Pase la imagen a mi cabina.
-Está bien, señor.
Frente a Rodman, se iluminó de inmediato una pantalla.
El patrullero tenía en la mano un tirita de papel, con unas cuantas cifras y letras que componían determinada clave. Cualquier emisión

cerebral que no fuese la que buscaba, sería identificada en el acto como no perteneciente al hombre a quien correspondía aquella clave.
Rodman frunció el ceño repentinamente. Lo que veía en la pantalla no parecía tener alguna relación con lo que debiera haber visto en realidad.
Aquel extraño círculo...
Era un disco de color verde gris, con distintas alternativas tonales en su superficie, que ocasionaban continuas variaciones cromáticas, las cuales, sin embargo, no producían otros colores distintos. Los bordes del disco eran sumamente confusos, como si estuviese en constante actividad, y el movimiento incesante de su masa impidiese apreciar los contornos con la debida nitidez.
Miró hacia su derecha. Los indicadores señalaban, una espantosa actividad cerebral. Las agujas rebasaban largamente la línea roja, Los detectores estaban a punto de estallar.
Rodman comprendió inmediatamente lo que sucedía.
-Dios mío, esto es... -Rehaciéndose, lanzó una orden-¡Grabación inmediata de todas las observaciones, tanto visuales como psíquicas! Háganlo rápido, muy rápido...
Apartó la vista de la pantalla y miró hacia el planeta un instante. Luego, conectó el visor telescópico.
La apariencia de Harrom resultaba enteramente normal. Era un planeta como otros muchos que había visto el oficial de las Patrullas Estelares..., pero, ¿cómo podía suceder una cosa semejante?
-¿Se observa algo especial con el visor telescópico, teniente? -preguntó el operador.
Rodman tragó saliva.
-Vámonos de aquí cuanto antes -ordenó-. Hemos de comunicar lo que sucede.
-Pero, señor, es preciso que encontremos a E.V.2...
-A estas horas, E.V.2 ha muerto... devorado por esa bestia estelar que es Harrom…
-Teniente, ¿quiere decir que Harrom es un ser vivo?
- Vivo... e inteligente, Pronto, larguémonos de aquí. ¡Se lo juro, operador: tengo miedo! Pueden someterme a consejo de guerra cuando regresemos, pero no pienso continuar aquí ni un segundo más. ¡Fuera, vámonos ya!

* * *

-Bueno; todo está listo ya -dijo Forgos, enormemente satisfecho-. Tenemos energía suficiente y mañana podremos iniciar los trabajos. En un par de días, estará lista la pre-secadora. Mientras tanto, empezaremos a cortar árboles con las sierras eléctricas. En una semana más, iniciaremos el proceso de pre-desecación. Luego, la

carga y...
Kenny, sentado a una mesa, hacia cálculos con un papel y un lápiz.
-Se necesitan mil toneladas, como mínimo, que reducidas en un cuarenta por ciento, por pre-desecación, quedarán en seiscientas. En estas condiciones, la madera de esos árboles es diez por ciento menos densa que el agua, lo que significa un volumen diez por ciento mayor.
-¿Cuál es el resultado?
-Seiscientos sesenta metros cúbicos de madera pre-desecada. Hay sitio de sobra en las bodegas de carga. La cabida total es de mil doscientos metros cúbicos, que no se moverán en absoluto-rió el tuerto-. Kitt, ¿hay algún centinela?
-Sí, uno, en la única escotilla que tenemos abierta. He establecido un turno de guardia, cada dos horas...
-Diles que abran bien los ojos. Matt Black anda por aquíy podría jugarnos una mala pasada.
-Oh, capitán, el planeta es muy grande...
- Y él es un patrullero muy listo. No me gustaría que me diera una sorpresa desagradable.
-Jefe, si eso fuese cierto, ya la habríamos recibido. Black se hubiera comunicado con sus compañeros y a estas horas, tendríamos unos hermosos grilletes en los tobillos.
-Eso es cierto -admitió Forgos, muy intrigado~. ¿Por qué no habrá dicho nada sobre nosotros?
-Quizá está en las Antípodas. Harrom es tan grande como la Tierra y está deshabitado. Probablemente, lo intentó... Algo le ha pasado; de lo contrario, no se comprende su inactividad.
Forgos se levantó.
-Como sea, hay que tener los ojos bien abiertos, Kitt.
-Descuida, no nos sorprenderá.

* * *

Matt Black abrió los ojos y consultó su reloj de pulsera. Eran las tres de la madrugada. Una hora muy conveniente para intentar la penetración en la nave.
El colosal aparato brillaba a la luz de las estrellas, a unos mil metros de distancia. La estructura de la pre-desecadora se divisaba a un lado, en las inmediaciones del bosque.
Hizo un movimiento y rozó sin querer el brazo de Perla. La muchacha se despertó.
-Matt...
-Sigue durmiendo, no te preocupes.
Ella se incorporó sobre un codo.
-¿Vas a entrar?

-Al menos, lo intentaré.
-Ten cuidado...
-Lo procuraré.
Mike dormía profundamente. Matt se dispuso a ponerse en pie, pero entonces, recordó algo.
-Harrom, ¿duermes?
-No. Estoy despierto.
-Ah... Dispensa.
-No hay de qué, hombre.
-Matt, ¿por qué le preguntas a Harrom con tanta frecuencia si está dormido? -inquirió Perla.
Black sonrió enigmáticamente.
-El y yo somos buenos amigos y me intereso por su estado. ¿No es así, Harrom?
-Sí, somos buenos amigos. Por eso te traje al chico.
-¿Cómo? -respingó Black.
-Me di cuenta de que ese pobre muchacho necesitaba
ayuda y lo transporté con ondulaciones de mi «piel». No te enojarás, ¿verdad?
-Claro que no... hombre. -Black dio unas palmaditas en el suelo-. Gracias, Harrom.
-No se merecen, Matt.
Perla tenía la boca abierta.
-Esfantástico...
- Todo lo que sucede en Harrom lo es -sonrió Black.
De pronto, Perla le echó un brazo al cuello, lo atrajo hacia sí y le besó fuertemente en la boca.
-Matt, no corras riesgos -dijo, muy agitada.
Black la miró sorprendido.
-Perla, ¿qué te ha pasado? -exclamó.
-¿Es que no lo comprendes, tonto?
Hubo un instante de silencio. Luego, Black meneó la cabeza.
-Si me amas, pierdes el tiempo -dijo.
-¿Estás casado?
-Ojalá...
-Entonces, no hay obstáculos...
-Si, uno, muy grande. Pero ahora no puedo seguir hablando. Te lo explicaré en otro momento, Perla.
Ella le retuvo por un brazo, a la vez que le miraba intensamente.
-Matt, no me importa cuál sea ese obstáculo. Vuelve y lo salvaremos entre los dos.
Black no contestó, salvo con una ligera sonrisa. Inmediatamente, empezó a reptar hacia la nave que relucía a mil metros de distancia.
Unos minutos después, Mike dijo:

-Lamento lo que le ocurre, señorita. Temo que no podrácasarse con el capitán Black.
-¿Cómo? ¿Has oído..?
-Estaba despierto, pero no quise intervenir, no me pareció prudente. Le ruego me disculpe, señorita.
-No te preocupes, Míke. Pero, creo recordar, has dicho capitán...
-Sí, señorita. Me ha venido de pronto a la memoria. Thragoo mencionó ese nombre, pero yo estaba muy mal, después de la paliza que me atizaron. El y Kosseguth comentaron algo sobre el capitán Black, de las Patrullas Estelares, un hombre muy conocido y con una temible reputación.
-Pero eso no tiene nada que ver con nuestros sentimientos, Mike -alegó ella-. ¿O es que me rechaza por mi fortuna?
--No lo creo. Tengo entendido que los oficiales de las patrullas no se pueden casar. Son como monjes...
-Los monjes pueden dejar el convento, Mike.
-En sus condiciones físicas, no. Se dice que para evitar desviaciones en su conducta profesional, todos los oficiales de la Patrulla Estelar aceptan... aceptan... ---El chico se turbó de pronto-. Bueno... no pueden hacer nada con una mujer...
-Oh, no, Dios mío, eso es inaudito, una salvajada –se horrorizó la muchacha-. Un hombre estéril...
-En efecto, eso es lo que le sucede al capitán, señorita-corroboró Mike.

CAPÍTULO X

En completo silencio, con el fusil prevenido, Black se acercó a la escotilla de la nave y escuchó durante unos segundos. No se percibía el menor sonido, por lo que se decidió a entrar. Desde el umbral divisó al centinela, sentado en una silla, con la cabeza doblada sobre el pecho.
Black se acercó al sujeto y le quitó el fusil que tenía entre las piernas, dejándolo a un lado con gran cautela. El hombre notó algo entonces y se sobresaltó. Al abrir los ojos, vio ante sí el cañón de un fusil que rozaba sus labios.
-Ni una sola palabra o te carbonizo -amenazó el joven a media voz.
El contrabandista asintió en silencio. Black movió la mano izquierda.
-Entra ahí -ordenó, señalando una puerta inmediata.
Momentos después, el centinela quedaba encerrado en un cuartito destinado a almacén de pertrechos de uso inmediato. Black se ocupó de desconectar el sistema de intercomunicación, para evitar una alarma prematura.
Libre el paso, echó a correr hacia la cabina de mando. En el interior de

la nave, todo parecía tranquilo.
Momentos después, abría la puerta del lugar desde el cual se dirigía la nave. Con ojos expertos, examinó los paneles de mando. Sí, allí estaba la radio...
Dio un par de pasos y entonces sintió algo frío en su nuca.
-Estaba aguardándole, Matt Black -dijo Forgos.
Ei joven se quedó quieto instantáneamente.
-Me trata ahora de manera muy distinta -sonrió.
-Llegó a engañarme de medio a medio -admitió el pelirrojo-. Nunca supuse que aquel catastrófico cocinero fuese un oficial de las Patrullas Estelares.
- Y ahora ya lo sabe, ¿verdad? ¿Quién se lo dijo?
-Un buen amigo, en Byrdol.
-Ah, el constructor de muebles...
-¿Lo conoce? -se sorprendió Forgos.
-Sycalb es muy escurridizo. Pero ya le echaremos el guante y construirá mesas y sillas en el taller de alguna penitenciaría.
-Puede que sí, puede que no -sonrió el tuerto-. De todos modos, le tengo a usted aquí.
-Sabía que iba avenir.
-Estaba prevenido. Me quedé en la cabina... en la entrada hay una alarma silenciosa. Suponía que iba a venir para enviar un mensaje.
- Y, claro, ya no lo puedo enviar.
--No. Capitán, voy a proponerle un trato.
-¿De qué clase?
-La vida a cambio de sus conocimientos de química.
--Quiere que le ayude a elaborar el «krytter», ¿eh?
-Ha dado en el blanco. ¿Qué me contesta?
-Hombre, así, tan de repente...
-Le concederé veinticuatro horas de plazo para que reflexione. Pasado ese tiempo, si se niega a cooperar conmigo, lo mataré.
-Es un plazo muy razonable -convino Black.
-Lo celebro. Ahora, por favor, deje caer el fusil al suelo.
Black obedeció. Un minuto más tarde, quedaba encerrado en un camarote, sin lucerna exterior y cuyo único acceso era la puerta que Forgos había cerrado con llave y que había guardado inmediatamente en el bolsillo.
Entonces, Black, por primera vez en muchos días, pareció perder su flema habitual y pateó furiosamente el suelo.
-Harrom, ¿es que no duermes nunca? -exclamó.

* * *

Atraído por la llamada del operador de guardia, Drantor penetró a largas zancadas en la cámara de comunicaciones. El operador le

señaló una pantalla-
-Coronel, el teniente Rodman quiere comunicarle algomuy importante.
-¿Ha aterrizado ya?
-No, señor. Está a unos diez millones de kilómetros deHarrom, volando hacía Byrdol a toda velocidad...
-Está bien, conecte.
La cara y los hombros de Rodman aparecieron de pronto en una de las pantallas.
-Señor... Ocurre algo espantoso... estoy dispuesto a someterme a un consejo de guerra... Afrontaré todos los riesgos..., pero no me haga volver a Harrom...
-¡Por todos los diablos! -se encolerizó Drantor-. ¿Se ha vuelto loco, teniente? Tenía una misión que cumplir, ¿me oye?
-Lo sé muy bien... Intenté comunicarme con E.V.2, pero no pude...
-¿Por qué? ¿Es que no está en Harrom?
-Sí, señor... Es decir, creo que sí... aunque seguramente muerto, devorado por el planeta...
-Pero, Rodman, ¿cómo se le ocurren tales disparates?
-Coronel... Harron es un ser vivo... Y, además, inteligente.
Drantor se quedó estupefacto. A su lado, el operador emitió una gruesa interjección.
-Decididamente, ese pobre chico ha perdido el juicio-comentó.
Drantor extendió una mano.
-No, quizá tenga razón -murmuró-. Quizá sea cierto que Harrom es un ser vivo, de tamaño planetario. Si es así, debe poseer una fantástica potencia mental, lo que explicaría la incapacidad de E. V.2 para comunicarse telepáticamente con nosotros. ¡Rodman!
-¿Señor?
-Regrese inmediatamente y no se preocupe por su consejo de guerra. A decir verdad, su estado de ánimo es perfectamente justificable.
-Gracias, señor. Hice algunas observaciones, que grabé en cinta...
-¿Puede transmitirlas?
- Inmediatamente.
-Bien, empiece.
Un cuarto de hora más tarde, Drantor salia de la cámara con paso vivo. Al encontrarse con su ayudante, dijo:
-Capitán, ordene que se prepare la nave Extinción. Inmediatamente, ¿me comprende?
El ayudante se espantó.
-Señor, esa astronave sólo se utiliza en casos muy extremos... cuando es preciso destruir un planeta.
-Por eso le he ordenado que la aliste -dijo Drantor ceñudamente-. Porque si E.V.2 ha muerto... ¡Harrom morirá también!

* * *

Una vez más, Black pateó el suelo de su encierro.
-Harrom, diablos, ¿por qué no me contestas?
No obtuvo respuesta. Procuró concentrarse, pero hacía tiempo que sabía que sus emisiones mentales estaban interferidas. Ahora ya comprendía que la infinitamente superior potencia mental de Harrom le impedía enviar mensajes telepáticos a su central. De lo contrario, habrían enviado una nave de rescate, apenas fue abandonado en el planeta.
-Harrom, ¿por qué no me contestas?
Continuaba el silencio. De pronto, se dio cuenta de un detalle que había pasado por alto.
Estaba aislado del planeta. Sus pies se posaban sobre el suelo de una astronave. Para conversar con Harrom, debía hallarse en contacto físico con la superficie del planeta-hombre, sin el obstáculo que suponía el suelo de su calabozo.
Paseó la vista a su alrededor. Sus ojos se fijaron en la rejilla de ventilación. Alargó la mano y la desencajó de su sitio. Un hueco, de unos cincuenta centímetros de lado, apareció ante sus ojos inmediatamente.
Sonrió satisfecho, aunque se insultó a si mismo, por no haber sabido ver la solución mucho antes. Al consultar su reloj, vio que estaba a punto de amanecer.
Resuelto, se izó a pulso hasta el conducto de ventilación y empezó a arrastrarse a todo lo largo de una salida que le permitiese escapar sin ser visto. Pasó por delante de un camarote, pero había dos hombres dormidos y no quiso correr el riesgo de despertarlos. Aunque hubiese vencido en la lucha, se habría producido algún ruido, con lo que su fuga habría sido abortada inevitablemente.
Un poco más adelante, llegó a otro camarote. Había sólo un hombre y Black decidió correr el riesgo.
Con las dos manos, sujetó la rejilla de ventilación y empujó seca y fuertemente hacia afuera. Luego lanzó la reja sobre el durmiente, al que despertó en el acto.
Antes de que el sujeto pudiera enterarse de lo que sucedía, Black saltaba ya sobre él. Agarrándole con una mano por el cuello, golpeó duramente su mandíbula. El hombre se desplomó sin sentido, sobre la cama, que no había tenido tiempo de abandonar.
Black le palmeó suavemente en la mejilla.
-Sigue durmiendo, muchacho -sonrió.

* * *

De repente, Perla se puso en pie.

-¿Adónde va, señorita? -preguntó Mike.
--El capitán está en la nave. Ya tendría que haber vuelto.
-Pero... quizá se ha entretenido...
-Han pasado más de tres horas, tiempo más que suficiente para enviar un mensaje. Si no ha vuelto, es que lo han hecho prisionero.
-En tal caso, ¿cómo piensa soltarle?
Perla sonrió.
-Tengo un plan... ¿Me acompañas, Mike?
-Desde luego.
Perla y el chico se lanzaron cuesta abajo, aunque procurando acercarse a la nave, de modo que no fueran vistos por el centinela que estaba en la escotilla. Cuando alcanzaron la proa, por el lado opuesto, había ya la suficiente luz para ver todos los detalles sin dificultad.
Entonces, Perla se inclinó y entregó algo a su acompañante.
-Mike, úsalo cuando yo te haga una señal con la mano izquierda, ¿entendido?
-Sí, señorita... lanzaré este pedrusco a su cabeza, pero... ¿cree que saldrá fuera de la nave?
Ella sonrió maliciosamente.
-Sí, saldrá -aseguró.
Y se quitó la blusa y el sostén que llevaba, quedando con el torso al aire.
Mike tragó saliva.
-Eeee... -gorgoteó.
-Vamos, reacciona --dijo ella, a la vez que se ponía en marcha.
El aturdido Mike caminó detrás de la joven. Al cabo de unos segundos, consiguió reaccionar y se preparó para atacar.
Perla salió al descubierto y pasó por delante de la escotilla, deteniéndose unos metros más allá, para girar nuevamente y volver sobre sus pasos. El centinela parpadeó, estupefacto.
-Estoy soñando -dijo.
Perla le miró provocativamente.
-No estás soñando. Soy de carne y hueso y me encuentro muy aburrida -sonrió.
-Pe... pero, chica, ¿de dónde has salido? -exclamó el sorprendido contrabandista.
Ella le guiñó un ojo.
-¿Por qué no vienes conmigo y te lo contaré con todo detalle? Todavía tengo mucha ropa, pero puedo quitármela...
El centinela saltó al suelo, olvidado por completo del fusil que tenía en la mano.
-Ahí veo unos matorrales... Diablos, no sé de dónde has podido salir, pero si esto no es un sueño…

Rozó su brazo y rió estúpidamente.
-No, no es un sueno -agregó.
Y en aquel momento, llegó la piedra y chocó contra su occipucio, derribándolo instantáneamente sobre la hierba.
Perla emitió un grito de alegría y se precipitó sobre el fusil. Pero antes de que pudiera rozar el arma con las yemas de sus dedos, sintió un terrible empellón y rodó violentamente por el suelo.
Mike lanzó un chillido de pavor:
-¡Andrus Thragoo!

CAPÍTULO XI

Black abrió la puerta del camarote y oteó el corredor, que aparecía completamente desierto. Se preguntó dónde podría encontrar a Forgos. Si lograba capturarlo, la moral de los demás contrabandistas se resentiría considerablemente. Incluso podría prometerles benevolencia con la justicia si se entregaban. Forgos era la pieza clave y debía caer en sus manos.
Avanzó un poco y abrió la puerta más próxima. Allí dormían otros dos sujetos.
Siguió adelante. La siguiente puerta le hizo ver un camarote vacío. Pero encontró algo que hizo brillar sus ojos.
Un segundo después, tenía en sus manos un fusil eléctrico. Comprobó la carga; estaba en perfectas condiciones. Felicitó mentalmente al descuidado y siguió su camino.
Súbitamente, se produjo un gran alboroto en el exterior. Una mujer chilló agudamente.
-¡No, no le mate, Andrus!
Black se quedó parado. ¿Qué diablos hacía Perla junto a la astronave?
Echó a correr hacia la salida. Súbitamente, alguien abrió una puerta, justo cuando iba a pasar frente al camarote. Black no pudo evitar el violento encontronazo y vio todas las estrellas del firmamento.
Durante unos instantes, se quedó sin fuerzas. Forgos, vacilante después del choque, miró por el otro lado de la puerta y lanzó una maldición al reconocer a Black.
-Pero, ¿qué diablos haces aquí, hijo de perra?
El joven continuaba todavía aturdido. Forgos no desaprovechó la ocasión y le asestó un tremendo puñetazo que lo hizo caer al suelo sin sentido. Luego se inclinó y recogió el fusil.
Fuera, Thragoo seguía encañonando a la muchacha. Perla, con la camisa delante del pecho, cubría a Mike con su cuerpo.
-Si quiere matarle a él, tendrá que matarme a mí primero -dijo ella valerosamente.

Durante un segundo, Thragoo pareció irresoluto acerca de la decisión que iba a tomar. Después de tantos días, ofrecía un aspecto desastroso: demacrado, con las ropas desgarradas y la barba crecida. En sus ojos había un brillo homicida.
-Debería haberlo hecho cuando liquidamos a Newton y al segundo... -masculló al cabo.
De pronto, percibió un movimiento a su izquierda.
El centinela derribado por la pedrada se sentaba en el suelo, aturdido y sin comprender lo que había sucedido. A cuatro pasos de distancia, Thragoo lo abrasó con una fulgurante descarga de un megavatio.
Perla volvió los ojos para no contemplar el horrible espectáculo de un hombre convertido en un pedazo de carbón. Pero, casi en el mismo instante, otro fusil chasqueó en la escotilla.
Tragoo murió sin lanzar un grito siquiera. Perla y el chico, aterrados, retrocedieron unos cuantos pasos.
En los ojos de Forgos había un asombro total.
-Pero, ¿qué diablos hace aquí esta mujer? -exclamó.
Ella procuró mantener la serenidad.
-Soy Perla Studder -dijo-. Este es Mike Neyden, un amigo.
-Y, los dos, amigos del capitán Biack.
-Sí -exclamó Perla-. ¿Dónde está?
Los demás tripulantes acudían ya a la carrera. Kenny, el segundo, fue uno de los primeros en llegar a la escotilla.
-¡Caramba, vaya hembra! -exclamó.
Sonaron algunos silbidos. Perla se volvió y se puso la blusa rápidamente. Al girar de nuevo, vio a Forgos que movía el índice.
-Ven, muñeca, ven y te llevaré con el capitán Black-dijo.
-.¿Está vivo? -preguntó ella.
-Sí, claro. Está vivo, pero no quiere colaborar conmigo. Tal vez ahora piense de forma distinta, cuando vea que también te tengo prisionera.
-Muy bien. Vamos, Mike.
Forgos movió una mano.
-Kenny, encárgate de encerrar al chico. Parece inofensivo, pero no puede uno fiarse ya de nada en este mundo. En todo caso, siempre puede ayudarnos a cortar madera.
Mike fue llevado a la fuerza por dos de los contrabandistas. Perla quedó frente al pelirrojo.
-Vamos a mi cámara -ordenó.
Ella optó por seguirle sin protestar. Por el momento, era la mejor actitud.
Cuando entró en la nave, vio a uno de los tripulantes que arrojaba un cubo de agua sobre un hombre caído en el suelo. Black se agitó un momento y luego se esforzó por sentarse, todavía aturdido por el fenomenal puñetazo que le había dejado sin sentido.

- Traedlo a él también -dijo Forgos.

* * *

és y sirvió sendas tazas de café a sus prisioneros. Fuera de la cámara, junto a la puerta, había dos hombres armados con sendos fusiles eléctricos.
-Vamos a dejar las cosas bien sentadas desde el principio -dijo el pelirrojo-. Matt, confieso que me engañaste al hacerte pasar por un polizón. Sé de sobras lo que eres, así que vamos a dejarnos de disimulo. Tú también sabes lo que busco yo, por lo que si hablamos claro desde el primer momento, nos entenderemos mucho mejor. Yo quiero conseguir "krytter" y tú tratas de impedido. Esta es la situación… y por ahora, está a mi favor.
-Sigue -indicó Black escuetamente.
-Me imagino de sobra que tus compañeros andarán buscándote. Sé cómo te comunicas con ellos y no intentes negar la evidencia, porque sería inútil. Por tanto, quiero que les envíes un mensaje, diciéndoles que todo marcha bien. Nada más, es muy sencillo.
-Hay varias objeciones que oponer a tu petición -dijo el joven-. La primera es que, aunque pudiese enviar el mensaje, vendría una nave de patrulla a recogerme...
-Haré que te lleven a quinientas millas de distancia, en uno de los botes auxiliares; de este modo, no podrán vernos. ¿Qué más?
-Segundo, no quiero...
Forgos sonrió.
-Mira a la chica que tienes al lado. Es muy hermosa. Mis hombres necesitan desahogarse. Pero sólo yo puedo contenerlos. Y si aún así no cedes, la mataré.
-Soy la hija de Emil Studder; mi padre le perseguiría por toda la Galaxia -exclamó Perla vehemente.
-Tu padre es un hombre como otro cualquiera. A tipos más listos les he dado esquinazo -contestó Forgos despectivamente-. Matt, ¿hay algo más?
-Sí. No puedo enviar mensajes telepáticos.
-Por favor, no te burles de mí...
-Estúpido -le apostrofó el joven-. Hace casi un mes que me abandonaste en Harrom. Si hubiese podido enviar un mensaje al centro telepático, ¿crees que estaría aquí todavía? Ni siquiera Perla se habría quedado en el planeta.
Forgos hizo una mueca. Las palabras de Black encerraban un argumento que no podía desconocer.
-¿Has perdido potencial mental? -preguntó, todavía dudando.
-No. Me lo impide Harrom. Es un hombre.
Forgos abrió la boca.

-Matt, no tolero burlas...
-Dice la verdad -intervino Perla-. Harrom es un ser vivo, inteligente.
-Y debido a su fenomenal actividad cerebral, mis, emisiones telepáticas quedan completamente anuladas -agregó el joven.
Sobrevino una pausa, de silencio. Forgos miraba alternativamente a los dos prisioneros, con una expresión de totalincredulidad.
-Este planeta... un ser vivo... -dijo al cabo.
-Lo creas o no, es la pura realidad -afirmó Black.
De súbito, Forgos se puso en pie.
-¡Basta! -tronó-. No pienso consentir más burlas. Ahora mismo, te llevaremos a quinientas millas. Los hombres que tripularán el bote estarán continuamente en contacto con la nave. Si te niegas, ella morirá.
De repente, se produjo un enorme alboroto en el exterior.
Sonaron voces de alarma. La puerta se abrió bruscamente.
-¡Capitán! -aulló un individuo-. ¡El bosque se está hundiendo!

* * *

La astronave trepidó ligeramente. Perla lanzó un chillido de terror. Black saltó hacia ella y la asió por la cintura.
Forgos pareció enloquecer de ira.
-¡Has bebido una copa de más, estúpido! -rugió-. ¿Cómo se va a hundir un bosque...?
-Es cierto, capitán. Salga y véalo usted mismo –insistió el tripulante.
Forgos corrió hacia la puerta, pero, antes de salir, se volvió un instante y dirigió una malévola mirada a los prisioneros.
-Mi decisión sigue en pie, aunque se retrase un poco. Piénsatelo, Matt. -Lanzó un bufido-. ¡Decir que Harrom es un hombre!
La puerta se cerró bruscamente. Black vaciló un instante y luego corrió hacia la lucerna, desde la que se divisaba una gran parte del bosque. Estupefacto, vio que los árboles se agitaban y oscilaban como simples espigas de trigo al influjo de la brisa.
Pero, al mismo tiempo, se hundían lentamente en el suelo.
La disminución de altura era ya evidente. Black sabía que muchos de aquellos árboles alcanzaban y aun rebasaban los veinte metros. Ahora, apenas si pasaban de los doce o trece.
Perla le agarró por un brazo.
-Matt, tendríamos que hablar con Harrom -dijo.
-Imposible -contestó él-. Lo intenté cuando me capturaron la primera vez. Es preciso hallarse en el exterior para poder comunicarse con él.
-¿Y no puedes emplear la telepatía?
-No sirve. Es necesario tener al menos los pies sobre su epidermis. El suelo de la nave sirve de aislante total.
Perla se mordió los labios. Forgos, supuso, se iba a enfurecer

terriblemente, al ver que se hunda el bosque del que esperaba conseguir tanto provecho. Sus reacciones eran imprevisibles, pero, en todo caso, podían resultar funestas para ellos.
Desde la lucerna pudieron ver a los piratas que se afanaban con hachas, sierras mecánicas y otras herramientas, tratando de cortar algunos árboles, antes de que desaparecieran por completo en el suelo. El joven se dio cuenta de que todos los hombres de la nave, incluido su desalmado capitán, estaban en el bosque, afanados en una tarea que, estimó, no iba a dar resultado alguno.
La nave tembló de pronto. Perla se asustó.
-Matt...
-Es una simple sacudida epidérmica de Harrom -la tranquilizó él.
De pronto, frunció el ceño.
A bordo de la nave, reinaba un silencio absoluto.
-Aquí sucede algo raro -murmuró.
Atravesó la cámara y abrió la puerta. No había ningún centinela a la vista.
En el suelo, divisó dos fusiles.
Sonrió.
-Esto me recuerda las viejas historias de las estampidas en los pueblos del Oeste americano, cuando se descubría alguna veta de oro -dijo, a la vez que se inclinaba para recoger uno de los fusiles.
Se lo entregó a la muchacha y se apoderó del otro.
-Perla, si ves a uno de esos bandidos, dispara sin vacilar-aconsejó.
-Lo haré -contestó ella.
-Parece que todos se han ido al bosque. Sitúate en la escotilla; voy a examinar los controles. Si dispongo de un mínimo de energía, despegaremos inmediatamente. Pero tardaré todavía algunos minutos.
-No te preocupes, Matt.
Black echó a correr a lo largo del corredor, trepó por una escalera, alcanzó la cubierta superior y se dirigió a la cabina de control, en la que penetró segundos después. Inmediatamente, dio el contacto general y todas las esferas indicadoras se iluminaron en el acto.
La radio estaba abierta, apreció, sin duda porque Forgos había tenido siempre un hombre a la escucha. Cuando se disponía a poner en funcionamiento todos los sistemas de despegue, oyó una voz que sonaba a cientos de miles de kilómetros de distancia.
-¡Alisten proyectil tipo «Destrucción total»! ¡Comprueben todos los circuitos y prepárense para el disparo!
Black se quedó aterrado al oír aquellas órdenes. Reconoció la voz, pero era lo de menos.
Lo que importaba realmente era evitar el disparo fatídico, que podía convertir a Harrom en polvillo cósmico.

CAPÍTULO XII

A veces, ycumpliendo órdenes perfectamente meditadas, Black se había visto obligado a destruir un planeta, cuya existencia resultaba peligrosa en la Galaxia. Pero siempre se había tratado de astros inanimados, cuerpos celestes que no eran más que una aglomeración de materia inorgánica.

Harrom, sin embargo, era un ser vivo. No podía consentir semejante monstruosidad. En aquel caso, su vida y la de Perla y la de Mike, carecían en absoluto de importancia.

Lanzó un. grito:

-¡Coronel! ¡Coronel Drantor! Soy Black... estoy bien, vivo... ¡Por el amor de Dios, detenga el disparo! Perla Studder y un muchacho están conmigo en Harrom. Cancele su orden, coronel.

Hubo un instante de silencio, que Black juzgó debido a la sorpresa recibida a bordo de la patrullera. Luego, sonó otra vez la voz de Drantor:

-Si es usted verdaderamente Matt Black, ¿por qué no se comunica mentalmente con nosotros?

-No puedo, señor.

-Entonces, no le creo. Usted pertenece a la tripulación de ese pirata llamado Forgos... y si están ahí cuando llegue el proyectil, peor para ustedes.

-¡Coronel, le digo la verdad! Soy Black... Espere, le daré la contraseña ultrasecreta, pero no puedo utilizar la mente... “Tribor Darald”. ¿Le convence?

Otra vez silencio. Drantor habló muy pronto, sin embargo:

-Está bien, admito que es Black. Pero tiene que explicarme ,por qué no puede enviar mensajes telepáticos. ¿Me ha oído?

-Sí, señor.

-¿Acaso se debe a que está en un planeta que es un ser vívo e intelígente?

Black dudó un instante. ¿Cómo lo había sabido el coronel Drantor?, se preguntó.

-El teniente Rodman fue a investigar --prosiguió Drantor-. Obtuvo unas grabaciones muy interesantes, que demuestran sin lugar a dudas que Harrom es un ser vivo de tamaño planetario. ¿Es eso lo que le impidió comunicarse con nosotros? Responda, Black, o dudaré nuevamente de su identidad.

El joven tomó una decisión.

-Temo, señor, que se trate de un error -respondió-. ¿A quién se le ha ocurrido la disparatada idea de que Harrom es un ser vivo? Simplemente, tiene un núcleo interior muy activo, con gran predominio

de hierro magnético, lo que produce una elevada carga de electricidad estática. Eso es lo que, en mi opinión, me impidió conectar telepáticamente con ustedes.
Lanzó una carcajada.
-¡Mira que pensar que Harrom es un planeta-hombre! Es divertidísimo, no había oído nunca un disparate igual...
-Bueno, si usted lo dice... Está bien, aterrizaremos lo antes posible. ¿Sabe algo de Forgos?
Black miró a través de las lucernas de proa.
-Le estoy viendo desde aquí, señor; pero me he apoderado de su nave -contestó.
El suelo tembló ligeramente otra vez. De súbito, se oyó la voz de Perla, que sonaba con trémolos de angustia.
--¡Mike, corre! ¡Esto parece que se hunde!
-Seguiré comunicándome con usted, coronel -dijo Black precipitadamente-. Parece que estamos padeciendo un terremoto...
Lanzó el micrófono a un lado y abandonó la cámara de mando. Inmediatamente, empezó a golpear todas las puertas, a la vez que llamaba a Mike a voz en cuello.
-¡Aquí! --respondió el muchacho al cabo de unos segundos.
Black abrió la puerta.
-Sal, Mike.
El chico no se hizo de rogar. Los temblores del suelo, aunque no muy intensos, se producían ya continua, ininterrumpidamente, con una frecuencia superior a las sesenta vibraciones por minuto.
Asustados, saltaron de la nave y echaron a correr. Black se volvió.
La mayor parte de los árboles habían desaparecido, como tragados por la tierra. Black se dijo que la frase no era correcta.
Forgos y sus piratas corrían enloquecidamente de un lado para otro, totalmente desconcertados, envueltos en un pánico absoluto. De pronto, dos o tres de los contrabandistas se quedaron inmóviles, con las piernas hundidas en el suelo.
Chillaban desgarradoramente, a la vez que forcejeaban para arrancarse a la presión que les impedía moverse. Poco a poco, sin embargo, fueron hundiéndose de forma irremisible, hasta desaparecer por completo.
Forgos cayó de repente en una grieta que se había abierto bajo sus pies. Estuvo a punto de salir, pero, de súbito, la grieta se cerró sobre su torso, aplastándolo en un santiamén. Chorros de sangre brotaron por su boca y narices, y su cabeza se dobló sobre el pecho, quedando en una situación macabramente significativa.
Los restantes contrabandistas desaparecieron en pocos minutos, lo mismo que el bosque y la astronave. Un cuarto de hora más tarde, el suelo había recobrado su aspecto habitual. No parecía que allí

hubiesen muerto una veintena de forajidos, ni que hubiera existido un bosque de cientos de hectáreas de extensión. Ni tampoco había una enorme nave de transporte sobre aquella epidermis de apariencia tan pacífica.

* * *

Black, Perla y Mike sehallaban sobre una loma, a unos cientos de metros del lugar de la catástrofe. El silencio era absoluto.
Perla fue la primera en hablar.
-Matt, ahora ya no necesitarás preguntarle a Harrom si está durmiendo -sonrió-. ¿Era eso lo que te impedía comunicarte con tu cuartel general?
-Sí. Supongo que, dormido, su actividad cerebral se atenuaría considerablemente y me permitiría enviar un mensaje a mi central. Una vez se durmió, en efecto, pero a mí no se me había ocurrido todavía la idea y por eso no intenté enviar ningún mensaje.
-Así que todos los miembros de las Patrullas Estelares sois telépatas.
-Oh, no, en absoluto. Cualquiera podría comunicarse con la central de recepción de mensajes telepáticos. Basta pensar en ellos... y los aparatos que hay allí amplifican los pensamientos y los traducen en imágenes inteligibles. ¡Me sentiría muy desgraciado si fuese capaz de penetrar en la mente de otras personas!
-Cuando esa facultad se usa honestamente, no resulta tan malo.
-¡Harrom! -gritó Black-. ¡Estás despierto!
-No dormía, simplemente, escuchaba-contestó el planeta.
Perla sonrió.
-Nos has ayudado mucho. Nunca te lo agradeceremos bastante -dijo.
-Bah, no tiene importancia. Uno debe ayudar siempre alos amigos -contestó Harrom.
-¿Qué has hecho con el bosque?-preguntó Black.
-Bien... cuando a ti te pica la piel, te rascas. No lo ves, pero causas unos destrozos enormes en tu epidermis. A escala microscópica, claro. Yo no tengo brazos y he de «rascarme» de otra manera.
-Precisamente donde estaban Forgos y los suyos.
-Precisamente donde me «picaba».
-Harrom, ¿eres ejemplar único?
-Por ahora, si. Más adelante...
-¿Quieres decir eso que te reproducirás?
-En cierto modo. Yo moriré un día, quizá dentro de millones de años, pero, sin moverme de aquí, un «hijo» mío crecerá y se alimentará de mis despojos, como yo lo hice con los de mi antecesor, también hace millones de años, y esehijo vivirá incontables eones de tiempo.
-Vamos, eres algo así como el ave Fénix del espacio.
-Más o menos -«sonrió» Harrom-. Muero y vuelvo a nacer de mis

cenizas.
Algo chispeó en el cielo. La nave de patrulla se disponía a aterrizar.
-Matt, quiero hacerte una pregunta -dijo el planeta.
-Encantado -accedió Black.
-¿Por qué le dijiste a tu jefe que no es verdad que yo sea un ser inteligente? Le has mentido...
El joven asintió.
-Sí, le mentí deliberadamente, y. confío en que Perla y Mike guarden silencio sobre el particular. Lo había pensado durante mucho tiempo. Tú conoces cosas que, normalmente, debieras ignorar, porque no te has movido jamás de tu órbita.
-Es cierto. Sondeé tu mente y adquirí todos tus conocimientos.
-Entiendo. Pero tienes una potencia mental fabulosa, de gigantesca capacidad. Sin embargo, no puedes moverte.
-Es cierto.
-Si se hiciera público que eres un ser vivo... alguien, un día, podría decidir que resultarías una magnífica estación de comunicaciones, aprovechando tu fantástica potencia mental. Te causarían muchas molestias, créeme.
-No podrían obligarme, Matt.
-Tal vez no, pero .tal vez sí... Es mejor evitar conflictos para el futuro. No quiero que nadie te moleste ni que tengas que defenderte por medios violentos. Tarde o temprano, alguien encontraría el modo de obligarte a trabajar para nosotros. El hombre terrestre nunca creyó que podría salir de su planeta y, sin embargo, ya ves, llegamos a todos los rincones de la galaxia. Cuando se ha llegado a destruir planetas enteros o se les ha alterado la órbita, conseguir que te sometieras a servidumbre, sería solamente cuestión de tiempo.
-Puede que digas la verdad -admitió Harrom-. Gracias por tu decisión.
-Al contrario, ha sido un placer -rió Black-.Nos iremos..., pero tal vez vuelva algún día a charlar un ratito contigo.
- Ven cuando quieras, Matt. Y vosotros dos también, Perla, Mike.
La nave patrullera estaba aterrizando a unos cien metros de distancia. De pronto, Perla se arrodilló e, inclinándose hacia adelante, besó el suelo.
-Gracias, Harrom -dijo, muy conmovida-. No te olvidaré jamás.
-Eh, ¿qué hace esta chica?-exclamó el planeta.
Black sonrió.
-Te ha dado un beso. Es costumbre entre los humanos... con nuestra a -explicó.

* * *

-Coronel, no sé cómo darle las gracias -dijo Emil Studder.
-Déselas, en todo caso, al capitán Black. El es él auténtico salvador de

su hija, aparte de haber realizado con éxito una misión de gran importancia. Es uno de nuestros mejores hombres, aunque creo que va a dimitir.
-Sería una lástima -dijo Studder. Perla estaba a su izquierda y le dio un codazo-: ¿No tienes nada que decir, hija?
Ella se encogió de hombros.
-He sufrido una gran decepción –contestó.
-Ah, está enamorada. de Matt y él no la corresponde -sonrió Drantor.
-Coronel, a mí no me importa que ese chico no tenga más que su sueldo. Nunca he dado la menor importancia a la posición social de las personas, de modo que si Perla quiere casarse con él, tienen mi bendición.
-¡Papá! -exclamó la muchacha, vivamente enojada-. Pero, ¿no te das cuenta de que un patrullero no puede casarse? ¿No sabes que no es más que un ser con figura de hombre?
-Pero, ¿qué está diciendo esta muchacha? -se asombró Studder.
Drantor levantó una mano.
-Por favor -dijo-. Creo que ya sé a qué se refiere su hija. Existe, en efecto, una leyenda sobre nosotros. Sé lo que dicen acerca de nuestra incorruptibilidad..., pero no es más que una leyenda, sin la menor relación con la verdad.
-¡Coronel! -exclamó Perla.
-Señorita -sonrió Drantor-, estoy casado y tengo tres hijos.
Perla abrió los ojos.
-Entonces... él... Matt...
-Es todo un hombre.
Súbitamente, Perla dio media vuelta y echó a correr. Studder y el coronel se miraron un instante y luego rompieron a reír.
-Señor Studder, presiento que pronto va a tener un yerno.. y un nieto antes de un año -dijo Drantor.
-Nada me haría más feliz -contestó el padre de la muchacha.
Un cuarto de hora más tarde, Perla se encontró con Mike en el hotel. El chico parecía haber perdido toda su timidez y charlaba animadamente con una hermosa muchacha, a la que tenía sujeta por la cintura.
-¡Mike! ¿Dónde está el capitán Black? -gritó.
-Arriba, en su habitación, haciendo el equipaje. Creo que se vuelve a la Tierra...
Perla echó a correr.
-No se irá solo -dijo.
La joven que estaba con Mike se sintió asombrada.
-¿Quién es ella? -preguntó.
-No te preocupes-respondió Mike, fanfarrón-; no tendrás que sentir celos por esa muchacha. Preocúpate de mi, ¿quieres?

-Con mucho gusto.
Perla abrió la puerta del cuarto y vio a Black ocupado en llenar una maleta con ropas.
-Matt, pedazo de... ¿Por qué no me dijiste la verdad cuando estábamos en Harrom?
-La verdad, ¿de qué?
Ella miró un instante al techo.
-Esa leyenda absurda... sobre vuestra... vuestra esterilidad...
-Mujer, trata de comprenderme...
-No quiero comprender nada. Sólo quiero que te cases conmigo.
-Pero tú... tu padre, vuestra fortuna...
-¡Al diablo con el dinero! Lo daría todo con tal de no perderte.
Black sonrió.
- ¿Estás segura?
Perla se le acercó, con la sonrisa en los labios.
- Voy a hacerte una proposición -dijo, al tiempo que le abrazaba.
-¿Interesante?
-¿Te gustaría pasar la luna de miel en Harrom?
Black dudó un instante. Luego asíntió:
-Creo que él se sentiría muy contento de tenernos una temporada -repuso.

FIN